

Josep Antoni Aguilar Àvila

## MUNTANER Y LA BATALLA DE LOS CABALLEROS DE LA MUERTE (GAGLIANO, FEBRERO DE 1300)

DOI 10.19229/1828-230X/4122017

**RESUMEN:** *El presente artículo analiza el capítulo 191 de la Crònica de Ramón Muntaner, dedicado a la batalla de Gagliano, librada en febrero de 1300, en la que la caballería angevina liderada por el conde Gautier V de Brienne fue derrotado a manos de los almogávares comandados por Blasco de Alagón y Guillem Galceran de Cartellà. En primer lugar, se examina el tratamiento que el cronista hace de la figura de los Caballeros de la Muerte, antagonistas de la historia, y se aportan diversos ejemplos de personajes de naturaleza similar en otros textos del período medieval. En segundo lugar, se contrastan las características que Muntaner atribuye a este grupo de guerreros con las biografías de los principales caballeros angevinos que combatieron en Gagliano. Finalmente, se identifican los principales mecanismos narrativos de los que el cronista se sirve para referir la batalla, y se compara su versión de los hechos con la de la Historia Sicula de Niccolò Speciale.*

**PALABRAS CLAVE:** *Ramón Muntaner, Niccolò Speciale, batalla de Gagliano, Caballeros de la Muerte.*

MUNTANER AND THE BATTLE OF THE KNIGHTS OF DEATH (GAGLIANO, FEBRUARY 1300)

**ABSTRACT:** *This article analyses chapter 191 of Ramon Muntaner's Chronicle, devoted to the Battle of Gagliano, fought in February 1300, in which an Angevin cavalry corps led by Count Walter V of Brienne was defeated at the hands of an Almugavar army commanded by Blasco of Alagón and Guillem Galceran of Cartellà. Firstly, it examines the way in which Muntaner introduces the antagonists of his account, i.e., the Knights of Death, and provides several examples of similar characters in other texts of the medieval period. Secondly, it assesses Muntaner's depiction of this group of warriors in the light of the extant biographical data concerning the Angevine commanders present at Gagliano. Thirdly and lastly, it identifies the main narrative devices upon which the chronicler relies to craft his account of the battle, and compares his version of the events with that told in Niccolò Speciale's Historia Sicula.*

**KEYWORDS:** *Ramon Muntaner, Niccolò Speciale, Battle of Gagliano, Knights of Death.*

### Introducción

En el cap. 190 de su *Crònica*, Ramón Muntaner describe con trazo rápido la complicada situación que hacia el año 1299 vive Federico de Aragón, empeñado en una lucha por la posesión del reino de Sicilia contra la poderosa coalición formada por la Iglesia y la dinastía de los Anjou. Se trata de un conflicto desigual a causa del manifiesto desequilibrio de fuerzas entre los dos bandos contendientes, y de hecho todos los indicios hacen temer un desenlace fatal para los intereses del joven príncipe de la casa de Aragón: de una parte, Roberto de Anjou, duque de Calabria e hijo del rey angevino Carlos II, ha desembarcado en la isla al frente de un poderoso ejército; de la otra, varios lugares de la Sicilia más oriental, como la importante ciudad de Catania, se han sublevado contra Federico y unido a los invasores. A pesar de todo,

Muntaner subraya que, gracias principalmente a los soldados catalanes y aragoneses que permanecen en el reino, el monarca siciliano puede ofrecer una resistencia más que digna a sus terribles oponentes:

e-l duch Robert, fill major del rey Karles, fou romàs en Sicília, en la ciutat de Cathània; que ser Virgili e-N Napoleon, II cavallers de Cathània, li agren retuda la ciutat, et puys axí mateix li fo retut Paternò, et Adernò et d'altres lochs. La guerra era molt gran en Sicília, que el duch hi havia gran poder de cavalleria, que bé hi havia III millia cavalls armats; e lo rey de Sicília no n'hi havia pus de mil cavalls armats, de cathalans et de aragoneses; et tots dies aquells del senyor rey de Sicília guanyaven sobre ells<sup>1</sup>.

En este contexto de guerra sin cuartel y traiciones internas, con los angevinos procurando extender su poder sobre toda Sicilia, desembarcan en la isla tres ilustres barones procedentes del reino de Francia, al frente de un selecto contingente de trescientos caballeros franceses. ¿Quiénes son estos barones? Muntaner apunta tan sólo que uno de ellos es el conde de Brienne, al que sin embargo no se refiere por su nombre; acerca de la identidad de los otros dos, nada más nos dice. Mucho más generoso se muestra el cronista, en cambio, al explicar los propósitos que les han traído hasta Sicilia: según parece, les une el deseo de venganza, puesto que los tres han visto como el cruento conflicto siciliano les ha arrebatado a parientes y amigos, caídos luchando por la causa de los Anjou y contra las armas catalanoaragonesas. Por tal motivo, no sólo han venido para servir como tropas de refresco a los angevinos, sino también para llevar a cabo su particular venganza: han jurado encontrar y medirse en campo abierto a dos de los más afamados generales de Federico de Aragón, Guillem Galceran de Cartellà y Blasco de Alagón, vencedores de las batallas en las que sus parientes hallaron la muerte (de hecho, algunos de los caballeros angevinos que tomaron parte históricamente en la batalla de Gagliano, en la que Muntaner hace participar a los Caballeros de la Muerte, tenían motivos de sobra para buscar venganza, como veremos). Este mismo juramento ha sido hecho también por el resto de integrantes de la compañía, que se nos presenta, pues, como un cuerpo de élite feroz y temerario, dotado de un marcado orgullo de casta guerrera y dispuesto a sacrificarlo todo si

<sup>1</sup> Todas las citas de la *Crònica* anteriores al cap. 146 de la misma son tomadas de R. Muntaner, *La Crònica de Ramon Muntaner: edició i estudi (Pròleg – capítol 146)*, ed. J.A. Aguilar, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2015, 2 vols.; indico en estos casos capítulo, volumen y página en que se encuentran. Con respecto a las citas posteriores al cap. 146, cito según mi edición *in fieri* del resto de la obra, indicando en cada caso número de capítulo.

es preciso para alcanzar su objetivo, rasgos que se perciben muy claramente en el belicoso sobrenombre con el que, según Muntaner, deciden bautizarse: se harán llamar «los Caballeros de la Muerte», una fórmula apelativa que muy pronto se prueba exitosa, pues al poco de llegar a Catania ya todas las gentes del lugar la utilizan para referirse a ellos:

E esdevench-se que III barons de Ffrança vengren en Sicilia en ajuda del rey Karles, per venjar la mort de lurs parens, qui eren estats morts en la guerra de Sicilia en temps del senyor rey En Jacme. Et aquests III barons amenaven ab si CCC cavallers, tots triats, qui eren dels mellors de Ffrança, et materen-se nom «los Cavallers de la Mort». Et vengren a Cathània ab cor et ab volentat que de tot en tot se combatessen ab lo noble En Guillem Galceran, comte de Catançer, et ab don Blascho d'Alagó, qui eren de la part del senyor rey de Sicilia. Et açò juraren, sí que con foren a Cathània, tothom los dehia los Cavallers de la Mort, axí com ells s'avien mès lo nom<sup>2</sup>.

El objetivo del presente estudio es ofrecer algunas claves para la lectura e interpretación del relato construido por Muntaner sobre las aventuras – o, por mejor decirlo, desventuras – de estos trescientos caballeros franceses, que, como es sabido, culminarán con una sonora derrota a manos de los almogávares en la batalla de Gagliano, librada en fecha indeterminada durante el mes de febrero del año 1300. Para llevar a cabo mi análisis, y adoptando una perspectiva comparativa, analizaré el relato muntaneriano a la luz de la principal fuente historiográfica conocida sobre la batalla de Gagliano, la *Historia Sicula* del cronista siciliano Niccolò Speciale (siglos XIII-XIV)<sup>3</sup>, cuya lectura resulta muy necesaria para completar y contrastar diversos aspectos de la versión de la *Crònica*. Pero además, toda aproximación crítica a las páginas que nos ocupan debe tener en cuenta necesariamente los recursos literarios de los que el autor se sirve para presentar los hechos y modelar los personajes que en ellos toman parte, ingredientes mediante los cuales, como veremos, el arte narrativo muntaneriano consigue que la historia devenga una suerte de *roman* de aventuras.

### Naturalmente, trescientos

Con respecto al modo en que estos Caballeros de la Muerte son introducidos en el relato, cabe señalar, en primer lugar, que Muntaner

<sup>2</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191.

<sup>3</sup> Sobre la figura y la obra de este autor, vid. G. Ferraù, *Niccolò Speciale, storico del «Regnum Siciliae»*, Centro di studi filologici e linguistici siciliani, Palermo, 1974.

es capaz en otras ocasiones de identificar con bastante más precisión a personajes antagonistas que tuvieron una participación más bien puntual en hechos acaecidos muchos años antes de la redacción de la *Crònica* (1325-1328), lo cual sugiere que, o bien el anciano cronista no tenía, después de todo, una memoria tan débil y caótica como la que Michele Amari le supuso<sup>4</sup>, o bien había accedido a la información mediante la consulta de una fuente (otra crónica, por ejemplo) que hasta el momento nos es desconocida. Por ejemplo, el ampurdanés sabe que uno de los almirantes marseleses que combatieron en la batalla naval de Malta (1283) contra la escuadra de Roger de Lauria se llamaba Guilhem Cornut<sup>5</sup>; que el caballero que lideró una incursión contra tierras de Aragón durante la guerra entre Pedro el Grande y Felipe el Atrevido (1284-1285) fue Eustache de Beaumarchais<sup>6</sup>; que al frente de la fuerza angevina que en 1287 llevó a cabo un a la postre desastroso golpe de mano contra Augusta (Sicilia) se encontraba Rinaldo d'Avella (al que sin embargo cree erróneamente francés en lugar de napolitano, como lo era)<sup>7</sup>; o que – como hemos podido comprobar un poco más arriba – los traidores que entregaron Catania a Roberto de Anjou fueron los ciudadanos Virgilio Scordia y Napoleone Caputo. Ahora, sin embargo, Muntaner se refiere de un modo bastante inespecífico a los «barons de Ffrança» llegados a Catania, lo cual, unido a otros indicios que serán expuestos a continuación, permite sugerir la posibilidad de que al narrar los antecedentes de la batalla de Gagliano, el cronista haya sometido la materia histórica a una cierta reelaboración literaria.

Llama la atención, en primer lugar, la coincidencia en lo ternario al señalar cuántos eran los líderes de aquella compañía y de cuántos efectivos disponían: tres barones, trescientos caballeros. Cabe señalar, a este respecto, que esta última cifra – trescientos – es utilizada bastante recurrentemente por Muntaner para contabilizar contingentes de élite puestos sobre el campo (o sobre las cubiertas de las naves) por el

<sup>4</sup> He aquí el juicio del benemérito erudito italiano a propósito de los errores y confusiones de tipo histórico detectables en la *Crònica*: «nei fatti di questa Cronaca, che spesso sembran tolti di peso dalle narrazioni volgari dei guerrieri e marinai, e spesso confusi nella memoria dell'autore, che incominciò a scrivere nel sessantesim'anno dell'età sua, è da andare con assai riguardo di critica» (M. Amari, *La guerra del Vespro Siciliano*, ed. Francesco Giunta, Flaccovio, Palermo, 1969, vol. II, 1, p. 207).

<sup>5</sup> En concreto, se refiere a este personaje en los siguientes términos: «En Guillem Cornut, qui era dels honrats hòmens de Marçella et dels antichs» (R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 81, II, p. 449).

<sup>6</sup> Es decir, «N'Eustatxe, qui era governador de Navarra per lo rey de Ffrança» (Ivi, cap. 111, II, p. 599).

<sup>7</sup> Muntaner habla, en efecto, de «I rich-hom de Ffrança, per nom misser Arnau d'Evella, qui era baron ab gran poder» (Ivi, cap. 106, II, p. 579).

enemigo: así, trescientos fueron en total los caballeros que, según el libro, había en la escuadra angevina derrotada por Lauria en la célebre Batalla de los Condes (1287)<sup>8</sup>; trescientos los que acompañaron al ya citado Rinaldo d'Avella en su desdichada expedición contra Sicilia<sup>9</sup>; y, en especial, trescientos fueron los guerreros franceses que sirvieron como guardaespaldas a Pedro, conde de Alençon, durante el *blitz* que los almogávares lanzaron contra la Catona, en la costa calabresa, al alba del 18 de enero de 1283, otro episodio del libro en el que los hechos históricos parecen filtrados también por el tamiz de la imaginación literaria muntaneriana, que se complace aquí en presentar – con indisimulada admiración, a pesar de tratarse del enemigo – a los caballeros franceses dispuestos en torno a la posada del conde y defendiendo en vano, hasta la última gota de su sangre, la vida de su señor:

Què us en diré? Que axí con jorn fo cascun fo endret la sua ferida; et les trompes tocaren, dels almogàvers et dels caps de cirvents de maynada, et tots ensemps fariren; et no-m demanets con ne en qual manera, que jamés negunes gents no fariren pus vigorosament que ells. Et aquells de la host del comte d'Elençó levaren-se, que no-s saberen què·ls era esdevengut; et los almogàvers et cirvents feriren en ells, que sol I no-n podia escapar. Et aquells qui foren hordonats de anar a la posada del comte d'Elençó, anaren et feriren vigorosament. *Et certes aquells agueren gran affany, que ben trobaren CCC cavallers a peu, tots armats, qui guaytaven lo comte. Mas, què los valch? Que tantost foren espeegats; sí que trobaren lo comte qui-s guarnia, e entrò a X cavallers foren a la porta de la cambra, qui no lexaven negun entrar [...]* Què us diré? Tots X cavallers moriren a la porta de la cambra con a bons et a valents, e-l comte d'Elençó hi fo tot espessejat<sup>10</sup>.

Por supuesto, la historia de los trescientos guerreros escogidos y dispuestos a pelear hasta la muerte resulta fácilmente relacionable con otras del acervo literario, historiográfico y legendario universal, algunas de ellas bastante alejadas a buen seguro del horizonte cultural de alguien como Muntaner, como la celeberrima defensa de los espartanos de Leónidas en las Termópilas (Heródoto, *Historias*, VII, 207-228) o la

<sup>8</sup> Explica Muntaner, al referirse a esta armada, que «XXXVI galees eren exides de Nàpols ab molts comtes et barons, et amenaven ab ells tantes barques, que aportaven ben CCC cavaylls» (Ivi, cap. 105, II, p. 567).

<sup>9</sup> Así expone D'Avella su plan para atacar Augusta a Carlos II de Anjou: «-Princep, yo sé que vós havets XX galeas obertes a Brandís. Plàcie-us que les fassats armar, que totes són adobades [...] Et yo, ab CCC hòmens a cavals, tots naturalls de mi et de mos parents, muntarem ab los cavalls en les galeas; et fer m'é posar en Sicilia, a Agosta, en què ha bon port e y ha castell bon et bell» (Ivi, cap. 106, II, p. 579).

<sup>10</sup> Ivi, cap. 70, II, pp. 376-377; acerca del episodio y del grado en que se corresponde con la realidad histórica, remito al comentario incluido en Ivi, cap. 70, II, p. 381, n. 13.

lucha hasta la muerte del Batallón Sagrado de Tebas contra las falanges macedonias en Queronea (Plutarco, *Vida de Pelòpidas*, XVIII), otras seguramente más familiares para un hombre del Medioevo, como la de los trescientos hombres empleados por Gedeón para enfrentarse a los medianitas (Jue 7,1-25). Sin embargo, al plantearnos una posible fuente de influencia que explique la reiteración del número en la *Crònica*, parece oportuno señalar que trescientos es precisamente una de las cifras utilizadas con mayor frecuencia en la épica medieval para cuantificar las dimensiones de la mesnada del héroe de turno, y que al lado de la cifra los cantares de gesta suelen incluir un apunte elogioso sobre los guerreros que forman parte de la compañía en cuestión, de los que se destacan aspectos como la valentía, la experiencia, la buena fama o la calidad de las armas que portan y de las armaduras con que se guarnecen. Trescientos es, pues, la cifra de la élite, de lo selecto. Así se describe, por ejemplo, la mesnada de Lohier, hijo de Carlomagno, en *Les quatre fils Aymon*:

Or chevauchent li mes, cui Jhesus puist salver,  
par desus lor chevaus, qui molt sunt à loer.  
Chascuns vestu l'auberc et lacié l'iaume cler.  
.ccc. chevaliers sunt, qui molt sunt a loer.  
(vv. 410-413)<sup>11</sup>

Y en *La prise de Cordres et de Seville*, el héroe Aymer, hijo de Aymeri de Narbonne, desafía con estas palabras a los guerreros del rey pagano Butor a enfrentarse a los trescientos caballeros de Francia que le acompañan:

Après de moi vienent tel ccc chevalier,  
de çaus de France, des biens aparailiés,  
ses poés prandre, bien avrés exploitié:  
dedens vos terres en serois miolz prisé.  
(vv. 207-210)<sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Les quatre fils Aymon*, ed. F. Castets, Coulet et Fils éditeurs, Montpellier, 1909, p. 286.

<sup>12</sup> *La prise de Cordres et de Seville*, ed. O. Densusianu, Société des Anciens Textes Français, Paris, 1896, p. 8. He aquí más ejemplos de ocurrencias de la cifra en otros textos épicos: «Ez vos Aleaume, le seignor de Ponti, / bien fu armez, sor un grant destrier sist; / o lui .iii. cenx de chevaliers hardis» (*Garin le Loherenc*, ed. A. Iker-Gittleman, Paris, 1995-1997, vol. I, p. 82, vv. 613-615); «D'autre part vint li Borgoins Auberis, / a bien .iii. cenx chevaliers de haut pris» (Ivi, vol. III, p. 614, vv. 18066-18067); «Bien sunt en sa compagne tex .iii. c chevalier / qui aideront Guion se il en a mestier» (*Gui de Nanteuil*, ed. J. McCormack, Droz, Paris, 1970, p. 188, vv. 603-604); «Le vallet de Nantueil ne s'est pas oubliés, / o .iii.c chevaliers est u cheval montéz» (Ivi, p. 338, vv. 2680-2681); «Todos fieren en el haz do esta Pero Vermuez; / trezientas lanzas son, todos tienen pendones; /

Así pues, en las dimensiones que Muntaner atribuye a la hueste de los barones de Francia parece adivinarse una naturaleza tópica. Sin embargo, conviene ser prudente en este punto, puesto que, aparte del cronista de Peralada, otra fuente sobre la batalla de Gagliano, la *Cronica Sicilie*, compuesta entre 1337 y 1348 (entre cuatro y cinco décadas después del acaecimiento de los hechos en cuestión), explica que, luego de que la hueste del duque Roberto de Anjou hubiese tomado Catania, un pequeño contingente formado por trescientos de sus mejores guerreros se encaminó al castillo de Gagliano con el propósito de capturarlo, y que a su llegada al lugar fue interceptado y derrotado por las fuerzas de Blasco de Alagón y Guillem Galceran de Cartellà. Esta coincidencia numérica podría llevar a sugerir que o bien, después de todo, Muntaner – en cuyas páginas la frontera entre realidad y ficción es casi siempre porosa y compleja – no estaba tan alejado de la verdad sobre este particular, o bien la fuente siciliana se dejó llevar también aquí por el tópico, arrastrada quizá por el relato – entreverado ya de historia y leyenda a causa del paso del tiempo – de alguna fuente oral más o menos cercana a los hechos<sup>13</sup>:

Et eodem domino Robberto existente in dicta civitate Cathanie, recesserunt et iverunt abinde trecenti equites de melioribus tocius dicti exercitus ad castrum Gaglani, ad apprehendendum ipsum castrum [...] ubi extiterunt in totum debellati, interempti et capti per predictum dominum Blascum de Alagona, dominum Guillelmum comitem Catanzari et alios fideles dicti domini regis Friderici, tempore Carniprivii anni XIIIe indicionis, anno Domini M<sup>o</sup>CCC<sup>o</sup><sup>14</sup>.

seños moros mataron, todos de seños colpes; / a la tornada que fazen otros tantos son» (*Poema de Mio Cid*, ed. C. Smith, Cátedra, Madrid, 1998, p. 170, vv. 722-725). Igualmente, el número es un lugar común en el romancero: basta recordar, por ejemplo, el romance *Gaiferos libera a Melisenda*: «A la juma salió el moro, a la juma el mediodía, / con trescientos caballeros que los lleva en compañía. / No los lleva por miedo, ni por temor que tenía, / sino que digan la gente: “¡Oh, qué gran caballería!”» (vv. 16-19; V. Millet, *Épica germanica y tradiciones épicas hispanicas: Waltharius y Gaiferos*, Gredos, Madrid, 1998, p. 320). Sobre el valor simbólico de los números usados en la épica y las crónicas medievales, vid. J. Flori, *L'usage «épique» des nombres, des chroniques aux chansons de geste: éléments de typologie*, «Pris-Ma», 8 (1992), pp. 47-58; J. Flori, *Des chroniques aux chansons de geste: l'usage des nombres comme élément de typologie*, «Romania», 117 (1999), pp. 396-422.

<sup>13</sup> A este respecto, se ha observado que, a pesar del uso de numerosas fuentes documentales en su composición, en la *Cronica Sicilie* «Spesso comunque si riconosce l'utilizzazione di fonti orali: nella maggior parte delle descrizioni di battaglie e di assedi, per esempio, le notizie precise sui luoghi e i riferimenti anche alle ore del giorno in cui avvengono le azioni ricordate, mostrano che l'Anonimo, con ogni probabilità, ha tratto le sue informazioni dal racconto dettagliato di qualcuno che aveva partecipato o assistito agli eventi» (P. Colletta, *Storia, cultura e propaganda nel regno di Sicilia nella prima metà del XIV secolo: la Cronica Sicilie*, Istituto Storico Italiano per il Medio Evo, Roma, 2011, p. 237).

<sup>14</sup> *Cronica Sicilie*, cap. LXVIII, ed. P. Colletta, Euno, Leonforte, 2013, pp. 152-153.

## El nombre

Por otra parte, conviene tomar en consideración también el nombre que, de acuerdo con el relato de la *Crònica*, la supuesta compañía se da a sí misma. Obviamente, no podemos descartar que un cuerpo caballeresco de ciertas dimensiones y llegado de Francia que se hiciera llamar Caballeros de la Muerte hubiera luchado en Gagliano, o que los caballeros angevinos – y, naturalmente, había franceses entre ellos – de cuya participación en el combate tenemos documentada constancia utilizaran el sobrenombre en cuestión, pero lo cierto es que Muntaner es la única fuente conocida que habla de ello. Desde luego, que un grupo de guerreros del siglo XIV dispuestos a vengar una afrenta de sangre se autobautizara de esta manera no sólo resultaba de todo punto lógico, sino que además tenía algo de *cliché*, y así debe entenderse que varios ejemplos de Caballeros de la Muerte comparezcan en las letras y la historia de la Europa medieval. Así pues, quizá la creatividad muntaneriana se nutrió en este punto del poso de sus años de vida soldadesca, o quizá tras el personaje colectivo que se nos presenta en el episodio quepa rastrear la influencia de una figura de naturaleza tópica, muy acorde con el *ethos* caballeresco de la época.

Dejemos, por el momento, el relato muntaneriano para presentar brevemente algunos ejemplos de apariciones de este tipo de caballeros en textos de los siglos XIII y XIV. El primero de ellos es el *Chronicon Maius* del milanés Galvano Fiamma, O.P. (1283-1344), crónica universal que abarca desde los orígenes del mundo hasta el año 1342 y que presta especial atención a la historia de Lombardía y de la ciudad de Milán<sup>15</sup>. Esta obra contiene la que hasta la fecha puede considerarse la versión más antigua de una leyenda historiográfica relacionada con la batalla de Legnano (1176), en la que, como es sabido, las fuerzas imperiales de Federico I Barbarroja fueron derrotadas por las de la Liga Lombarda. Según dicha leyenda, buena parte del éxito de la Liga se debió al empuje de un oscuro *condottiero* de muy discutible existencia: Alberto da Giussano, quien capitaneaba una compañía de caballeros llamada «Compañía de los Caballeros de la Muerte», creada *ad hoc* para contrarrestar por la fuerza de las armas las pretensiones del sacro emperador romano sobre los comunes de la Italia septentrional<sup>16</sup>. Sus

<sup>15</sup> Para una aproximación a la figura y la obra de Galvano Fiamma, vid. A. Viscardi, M. Vitale, *La cultura milanese nel secolo XIV*, en *Storia di Milano*, Treccani, Milano, 1955, vol. V, pp. 587-589; P. Tomea, «Per Galvano Fiamma», «Italia Medioevale e Umanistica», 39 (1996), pp. 77-120; P. Tomea, «Fiamma, Galvano», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Treccani, Roma, 1997, vol. XLVII, pp. 331-338.

<sup>16</sup> Sobre la formación de la leyenda de Alberto da Giussano, vid. G. MERLO, *Alberto da Giussano: una leggenda nella storia*, Comune di Giussano, Giussano, 2001. Hay que



integrantes, guerreros escogidos y montados en buenos caballos, habían prestado un juramento atroz ante la segura perspectiva de un combate en campo abierto contra el enemigo: se habían comprometido a enfrentarse a los imperiales cuando y dondequiera que fuese necesario y a no emprender la retirada bajo ninguna circunstancia, aunque les fuera la vida en ello; si en medio de la batalla alguno de ellos intentase huir, sus propios compañeros lo matarían. Con esta misma disposición de ánimo – según afirma Fiamma, que parece dar rienda suelta a su fantasía al referirse a los efectivos que se hallaron en la contienda – se habían preparado para la batalla, además de la citada Compañía, trescientos ciudadanos milaneses que se harían cargo de la custodia del *Carroccio* (el famoso carro de guerra de la ciudad, descrito por Bonvesin de la Riva (s. XIII) en su *De magnalibus urbis Mediolani*)<sup>17</sup>, y una compañía de jóvenes guerreros montados sobre trescientos carros falcados:

Sotietas de la morth. Cristi anno MCLXXVI. Eminente in Roma Alexandro tertio. Sedente beato Galdino archiepiscopo Mediolani. Imperante Federico Barba Rubea. Iterum inter imperatorem et Mediolanum bella renovari ceperunt. Tunc fuit facta in Mediolano una societates que dicta fuit societates militum de la morte. Fuerunt novemcentum milites electi in magnis destrarys, et iuraverunt in omni loco obviare imperatori in via, in campo parati cum ipso pugnare, et numquam fugere, vel terga vertere. Et fuit statutum factum quod si aliquis fugeret, cum securi mactaretur. Item iuraverunt quod in nullam prodicionem civitatis consentire, et dati sunt singulis singuli annuli aurei in

situar en el siglo XIX – en concreto, en el periodo del *Risorgimento* – el momento en que la figura del supuesto héroe de Legnano comenzó a ejercer una poderosa influencia en el imaginario colectivo italiano, convertida, a los ojos de los patriotas italianos que luchaban en pro de la unificación, en un espejo en el que mirarse: no resulta extraño, pues, que la compañía de poco menos de un centenar de *lancieri* comandada por el coronel garibaldino Angelo Masina (1815-1849) diera en llamarse *Cavaliere della Morte* (vid. A. Nannetti, *Angelo Masini e i Lancieri della Morte*, Museo nazionale del soldatino Mario Massacesi, Bolonia, 2000), ni que tres décadas más tarde (en concreto, en 1879), Giosuè Carducci celebrara el arrojado del guerrero lombardo y su compañía de caballeros en uno de sus poemas más celebrados (*Il Parlamento*, en *Edizione nazionale delle opere di Giosuè Carducci*, IV. *Odi barbare e rime e ritmi*, Zanichelli, Bologna, 1944, pp. 259-265). Ni que decir se tiene que el mito ha seguido proyectando su larga sombra hasta nuestros días: es bien sabido que la ultraderechista Lega Nord tiene en él una de sus fuentes de inspiración, y que miembros de la militancia del partido han llegado a referirse a su todavía hoy presidente federal, Umberto Bossi, como descendiente del propio Alberto da Giussano (!) (Ch. Lindholm, J. P. Zúquete, *The Struggle for the World: Liberation Movements for the 21st Century*, Stanford University Press, Palo Alto, 2010, p. 78).

<sup>17</sup> Bonvesin de la Riva, *De magnalibus Mediolani*, V, 24, ed. P. Chiesa, Libri Scheiwiller, Milano, 1997, p. 158. Sobre el uso de carros de guerra en las antiguas ciudades estado italianas, vid. H. Zug Tucci, *Il Carroccio nella vita comunale italiana*, «Quellen und Forschungen aus italienischen Bibliotheken und Archiven», 65 (1985), pp. 1-104; E. Voltmer, *Il carroccio*, Einaudi, Torino, 1997.

manibus ipsorum, et recepti sunt ad stipendia communitatis *et fuit eorum capitaneus Albertus de Gluxiano, habens vexillum communitatis*. Et ista fuit prima societas que unquam facta fuit in Mediolano. Item facta fuit una alia societas ex. CCC. electis de populo pro custodia carroceri, et iuraverunt potius mori quam de campo fugere. Item facta fuit alia societas ex electis iuvenibus qui insidebant super. CCC. currus falcatos ares super equos fortissimos, et in quolibet curru fuerunt. X. viri<sup>18</sup>.

El segundo ejemplo de Caballeros de la Muerte lo hallamos en una obra en cuyo asunto, de nuevo, lo histórico se difumina y entremezcla con lo legendario y aquello que debe ser imputado a la personal y fértil invención del autor. Se trata de *La guerra d'Attila*, un poema épico francoitaliano compuesto por el poeta boloñés Nicolò da Casola entre 1358 y 1373<sup>19</sup>. Dividido en dos libros y dieciséis cantos que suman un total de unos 37.000 versos alejandrinos, *La guerra* gira en torno a la invasión de Italia llevada a cabo por el famoso rey de los hunos y la heroica resistencia que encontró en los diversos caudillos italianos que se le opusieron, entre los cuales y muy especialmente los barones de la casa de Este (cabe señalar, a este respecto, que el papel preeminente que esta dinastía juega en la epopeya se entiende fácilmente si tenemos en cuenta que, en los años en que Casola trabajó en la obra, se hallaba al servicio de los Este en la corte de Ferrara). Una de las figuras centrales del poema es, sin duda, la del legendario príncipe Foresto d'Este, quien, tras protagonizar sonoras proezas durante la defensa de Aquilea contra las huestes hunas, muere durante uno de los combates entablados entre cristianos y paganos ante los muros de la ciudad adriática, a causa de las heridas que le infligen el propio Atila y uno de sus caballeros,

<sup>18</sup> Galvano Fiamma, *Chronicon extravagans et chronicon maius*, ed. A. Ceruti, Stamperia Reale, Torino, 1869, p. 718.

<sup>19</sup> A propósito de esta obra, vid. G. Bertoni, C. Foligno, *La «Guerra d'Attila», poema franco-italiano di Nicolò da Casola*, «Memorie della Reale Accademia delle scienze di Torino», ser. 2<sup>a</sup>, LVI (1906), pp. 77-140; A. Bianco, «La Guerra d'Attila», en G. Holtus - P. Wunderli (eds.), *Franco-italien et épopée franco-italienne (Grundriss der romanischen Litteraturen des Mittelalters, III, t. 1/2, fasc. 10)*, Carl Winter, Heidelberg, 2005, pp. 283-295; P. Gianfelice, «Filz au livrier». *Attila nell'epica franco-italiana*, en M. Piccat, L. Ramello (eds.) *Epica e cavalleria nel Medioevo. Atti del seminario internazionale, Torino, 18-20 novembre 2009*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 2011, pp. 27-53. Existe hasta la fecha una sola edición íntegra del texto: N. da Casola, *La Guerra d'Attila. Poema franco-italiano pubblicato dall'unico manoscritto della R. Biblioteca Estense di Modena*, ed. G. Stendardo, Società tipografica modenese, Modena, 1941, 2 vols. Para las leyendas medievales sobre la figura de Atila y la imagen del personaje en la literatura y la cultura del periodo, vid. H. De Boor, *Das Attilabild in Geschichte, Legende und heroischer Dichtung*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1963; J. Williams, *Etzel der riche: the Depiction of Attila the Hun in the Literature of Medieval Germany, with reference to related Byzantine, Italic, Gallic, Scandinavian and Hungarian sources (450-1300)*, Peter Lang, Berna, 1981; E. Bozoky, *Attila et les Huns: Vérités et légendes*, Perrin, Paris, 2012.

Mataferro. Le sucede en el principado estense su hijo, Acarino, por supuesto determinado a vengar a toda costa la muerte de su padre, determinación que es plenamente compartida por Perotto dal Borgo, uno de los compañeros más fieles de Foresto. Ambos se aprestan, pues, a batirse con el enemigo, y conviene leer lo que explica Casola acerca de estos preparativos bélicos. Acarino encabeza una compañía de quinientos caballeros guarnecidos de ropas y armaduras de color negro y provistos de armas negras como el carbón, que por su color significan su firme propósito de sembrar la muerte y la destrucción entre los hunos, identificados en el poema como seguidores de la ley mahometana; marchan agrupados bajo un gran confalón blanco en el que luce una cruz roja y se han puesto el nombre de «Caballeros de la Muerte». Les sigue muy de cerca la compañía de Perotto, formada por mil hombres a caballo, todos ellos vestidos de rojo y portando banderas y enseñas del mismo color, que han escogido un nombre muy similar al de sus compañeros: serán los «Caballeros desesperados de la Muerte y la Destrucción». Así pues, vemos que, como sucede en el libro de Muntaner y la *Chronica* de Fiamma, la elección del consabido sobrenombre por parte de los personajes del poema de Casola indica, sobre todo, su temeraria – e incluso suicida – predisposición a una lucha a todo o nada contra el adversario, esto es, a vencer o morir:

Oiez que fist il princeps o .v. .c. baron:  
 Tout s'armarent a noir, et lour et ses gascon;  
 N'ont autres intresaignes ne baner ne penon,  
 A fuer une crois vermoil in un blans confanon [...]  
 E les armes qui portent, noires come carbon,  
 Segneffie et demostre de paiens strucion,  
 D'Atille et de sa gent et della loy Mahon;  
 Chevalier a la mort si s'apellent par non.  
 Un autres reнге avoit pres soy li franc baron,  
 La quel si conduist Perot, lo champion,  
 Le cuens de Patafie, a mil tot in arçon;  
 Armez furent a vermoil touz quant por raison,  
 Baner et intresaignes tout de vermelon,  
 A fuer le crucefis, que il portent por un pon,  
 In la stroite bataille in faront mostreson.  
 Chevalier desperes a mort et a strucion  
 S'apellent touz cestor contre ceschuns felon.  
 (I, vv. 451-475)<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> N. da Casola, *La Guerra d'Attila* cit. (reproduzco el texto según la versión digital consultable en el portal *Repertorio informatizzato dell'antica letteratura franco-italiana (RIALFrI)*: <http://www.rialfri.eu/rialfriWP/opere/la-guerra-dattila> [fecha de consulta: 7-8-2017]).

El tercer ejemplo al que me referiré se encuentra en uno de los más conocidos exponentes de lo que la crítica ha dado en llamar «epígonos boccaccescos»: se trata de *Il Pecorone*, colección de cincuenta *novelle* compuesta entre los años 1378 y 1385 por un Ser Giovanni Fiorentino de identificación más bien problemática<sup>21</sup>. La influencia de *Il Decamerone* en esta obra se advierte rápidamente si tenemos en cuenta su planteamiento y estructura, puesto que las *novelle* que la conforman se hallan también aquí engarzadas en una historia que les sirve de marco. Dos son los principales personajes de esta historia: Aurette, un muchacho florentino de agudo ingenio, y Saturnina, una bella monja de un convento de Forlì. De acuerdo con un bienafortunado lugar común de la literatura medieval, Aurette se enamora de Saturnina de oídas, profundamente impresionado por los grandes elogios que ha oído sobre su belleza y virtudes. Resuelto a conocerla, se hace fraile y poco tiempo después se convierte en capellán del convento en el que la joven profesa. Allí la conoce y pronto comprueba que sus sentimientos hacia la joven son correspondidos plenamente por ésta, aunque los votos contraídos por ambos convierten el suyo en un amor imposible. Para satisfacer al menos su deseo de verse, Aurette y Saturnina acuerdan encontrarse una vez al día en el parlatorio del convento, cita durante la cual cada uno cuenta a su interlocutor una *novella*.

Hasta aquí las similitudes con el plan general de la obra boccacesca son evidentes, pero conviene apuntar que en algunas de las *novelle* de Ser Giovanni se aprecian igualmente ciertos contornos particulares que las diferencian de las de su predecesor, sobre todo en aquellas que parecen salidas de su propia cosecha y no tomadas de otra fuente anterior (hay que señalar en este punto que un número significativo de las historias incluidas en *Il Pecorone* fueron tomadas de la *Nuova Cronica* de Giovanni Villani). Uno de ellos es, por ejemplo, la ambientación de las mismas. Se ha advertido –acertadamente, a mi juicio – que, frente a lo que nos encontramos en *Il Decamerone* y otros epígonos de Boccaccio (Sercambi, Sacchetti), lo que caracteriza a la narrativa de Ser Giovanni es «su peculiar forma de presentarnos la realidad y su habilidad para que esta realidad se una a situaciones totalmente irreales, casi de ensueño»<sup>22</sup>. Así, por ejemplo, las historias

<sup>21</sup> Para una aproximación a los aspectos más relevantes de la obra, puede consultarse C. Muscetta, *Il Pecorone e la novellistica del Quattrocento*, F. Castorina, Catania, 1966; P. Robuschi Romagnoli, *Ancora sulla struttura del «Pecorone»*, en *Studi in onore di Alberto Chiari*, Paideia, Brescia, 1973, vol. II, pp. 1067-1091; P. Salwa, *In difesa del conservatorismo fiorentino: Ser Giovanni e il suo «Pecorone»*, en *La narrativa tardogotica toscana*, Cadmo, Fiesole, 2004, pp. 29-66. La mejor forma de leer el texto actualmente es a través de Ser Giovanni, *Il Pecorone*, ed. E. Esposito, Longo, Rávena, 1974, 3 vols.

<sup>22</sup> L. Carlucci, *Lo real y lo fantástico en las novelle de Ser Giovanni Fiorentino*, «Revista de la Sociedad de Estudios Italianistas», 4 (2006-2007), pp. 115-128.

de este *novelliere* pueden transcurrir en lugares realmente existentes e involucrar a nobles personajes que, aunque ficticios, ostentan títulos bien característicos del contexto político del siglo XIV, pero la manera en que estos personajes interactúan entre ellos y con el mundo en el que habitan crea en el lector la impresión de hallarse ante un universo de fábula, muy alejado de la realidad histórica que al autor del libro le tocó vivir.

Este hecho se aprecia muy claramente en la *novella* IX, 2, relatada por Saturnina y ambientada en el reino de Aragón. En efecto, en el planteamiento de la misma encontramos a un innominado soberano aragonés que tiene una hija llamada Lena, doncella «giovane, bella, vaga, costumata e savia, quanto la natura l'avesse potuta far più». La fama de la joven ha trascendido con mucho las fronteras del reino: muchos nobles pretendientes llegados de todo el orbe han intentado – en vano hasta la fecha – pedir su mano al rey. En la distante Alemania, Arrighetto, primogénito del sacro emperador romano, también ha oído muchos elogios acerca de su belleza, tan extremados que han suscitado en su corazón un ardiente deseo de verla (el suyo es otro caso, pues, de enamoramiento a distancia, como el del propio Aurette). Con tal propósito, el príncipe alemán se desplaza secretamente hasta la corte aragonesa, donde, mediante una ingeniosa estratagema, consigue acceder a la alcoba de su amada. Al verlo y conocer el motivo de su venida, Lena se enamora también de él y decide fugarse de la corte en su compañía, a bordo de una nave alemana que transporta a la joven pareja hasta tierras del Sacro Imperio.

Mientras, en Aragón el rey advierte la ausencia de Lena y, alarmado, ordena a sus oficiales indagar las causas de su desaparición. Cuando le informan de lo sucedido, monta en cólera y apresta un gran ejército con el objetivo de invadir el Imperio, recuperar a su hija y vengar la afrenta recibida. En su ayuda no sólo acuden sus vasallos, sino también poderosos aliados: los reyes de Francia, Inglaterra, Navarra, Mallorca, Escocia, Castilla y Portugal. Con todas estas fuerzas, el rey se dirige a Alemania, donde a su vez el emperador se prepara para la guerra con el apoyo de los reyes de Hungría y Bohemia y muchos otros barones señalados. El rey de Aragón y el príncipe Arrighetto conciertan un día para enfrentarse en batalla campal y, entretanto, disponen cuál será el orden de combate de sus respectivas tropas. En concreto, el monarca aragonés elige doce ayudantes de campo y divide el ejército en siete haces, a la vanguardia de las cuales se hallan, vestidos de negro y calzando espuelas doradas, los tres mil Caballeros de la Muerte que conduce su primogénito, el príncipe Princivale:

Arrighetto, come maggior dell'oste, accettò la battaglia graziosamente; e dato l'ordine, deliberarono, il giorno che si dovesse essere in sul campo. La notte dinanzi il re d'Araona fece dodici maestri sopra l'esercito, i quali erano uomini di gran valore e sentimento. E la prima schiera furono tre mila buoni uomini d'arme, tutti vestiti a nero, e feceli la maggior parte cavalieri a spron d'oro, e chiamavansi i cavalieri della morte, e diè per lor capo il figliuolo, il qual aveva nome messer Princivale<sup>23</sup>.

Huelga decir que, por obvias razones cronológicas, Muntaner no pudo conocer el *novelliere* de Ser Giovanni, ni el poema de Casola ni el cronicón de Fiamma (en este último caso, quizá cabría preguntarse – aunque se trata de una pregunta que no tiene por el momento una respuesta cierta – si la leyenda sobre la batalla de Legnano tuvo en el Occidente europeo de inicios del siglo XIV un grado de popularidad suficiente para que alguien como Muntaner hubiera podido tener noticia de ella, o si, por el contrario, el relato del *Chronicon Maius* es un mero producto de la imaginación individual de su autor, como viene a sugerir el hecho de que ninguna otra fuente temprana se haga eco de él). En cualquier caso, las concomitancias en cuanto a la construcción del personaje colectivo de los Caballeros de la Muerte advertidas en los textos hasta aquí presentados confirman la naturaleza estereotipada de esta figura: nos hallamos, en efecto, ante un grupo de guerreros de élite que, movido muchas veces por el deseo de venganza, acude al campo de batalla determinado a destruir al enemigo o perecer en el intento. Por lo demás, conviene señalar que el consabido sobrenombre no sólo gozó de fortuna en el plano de las letras, sino también en el de la realidad del periodo medieval, pues sabemos que, hacia finales de la década de los 60 del siglo XIII, lo usó una compañía de caballeros activa, precisamente, en el reino de Sicilia: los *Milites de Morte* del ilustre infante don Fadrique de Castilla (1224-1277), hermano de Alfonso X el Sabio.

Como es bien conocido, en el verano del año 1260 don Fadrique se había visto forzado a abandonar el reino de Castilla a causa de las malas relaciones que mantenía con su hermano el rey<sup>24</sup>. Su destino había sido el reino hafsí de Túnez, en el que se encontraba ya otro hermano suyo: el infante don Enrique (1230-1303), quien, habiendo tenido que huir de

<sup>23</sup> Ser Giovanni, *Il Pecorone* cit., vol. I, p. 223.

<sup>24</sup> Sobre la figura de Fadrique de Castilla, vid. M. González Jiménez, *Alfonso X el Sabio*, Ariel, Barcelona, 2004, pp. 86-87, 232-233, 316-322 y *passim*; M. González Jiménez, *Alfonso X y sus hermanos (I)*, «Boletín de la Real academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae», 32 (2004), pp. 203-214. Un documentado análisis de la actividad militar del infante en el marco de las relaciones de la casa real castellana con el Imperio y la dinastía Hohenstaufen se encuentra en M. Diago, *La monarquía castellana y los Staufer: Contactos políticos y diplomáticos en los siglos XII y XIII*, «Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval», 8 (1995), pp. 51-84.

Castilla tras su fallida rebelión contra Alfonso, servía ahora al emir al-Mustansir a la cabeza de una milicia de caballeros cristianos. En tierras tunecinas permaneció, pues, don Fadrique hasta que, en algún momento entre mayo de 1265 e inicios de 1266, pasó a la Italia meridional para servir al rey de Sicilia Manfredo Hohenstaufen, que a la sazón se disponía a hacer frente a la invasión del poderoso Carlos de Anjou (hay que decir, sin embargo, que el infante conocía aquellas tierras desde mucho antes de esa fecha: había pasado cinco años de su juventud, entre 1240 y 1245, en la corte de su tío el emperador Federico II). Luego de haber tomado parte en la batalla de Benevento (1266), saldada con la derrota y muerte de Manfredo y el ascenso de Carlos al trono, abandonó Italia para regresar a Túnez, aunque esta segunda estancia africana fue mucho más breve que la primera, porque a principios de 1267 llegó a la corte hafsi un noble siciliano llamado Conrado Capece, en calidad de emisario del duque de Suabia Conradino, sobrino del difunto Manfredo. Capece traía, en efecto, una petición de ayuda militar del joven duque suabo, nueva esperanza del gibelinismo, quien se aprestaba a hacer valer sus derechos a la corona siciliana y a enfrentarse, por ende, a Carlos de Anjou. Fue así como don Fadrique se vio de nuevo implicado en las guerras italianas y apoyando la causa de los Hohenstaufen. En el mes de agosto del mismo 1267, al mando de un pequeño ejército conformado en buena parte por caballeros de origen hispánico, el infante castellano y el ya mencionado Conrado Capece desembarcaron en Sciacca, en el oeste de la costa meridional de Sicilia, hecho que animó a muchas poblaciones de la isla a rebelarse contra el dominio angevino.

La historiografía italiana del siglo XIII se hizo eco del arrojío con que Fadrique de Castilla y sus compañeros se emplearon durante la campaña siciliana. De hecho, según la *Historia Sicula* del mesinense Bartolomeo da Neocastro, ya el éxito del propio desembarco en Sciacca se debió en buena parte a la valentía del infante: fue él el primero que, al comprobar desde su nave que la costa se hallaba defendida por un considerable número de tropas (las mandaba en persona Fulco de Puy-Richard, gobernador de la isla en nombre del rey Carlos), descendió a tierra y, junto con otros dos caballeros que se le unieron, cargó contra el enemigo, con tal ímpetu que el gobernador y sus hombres se vieron obligados a huir<sup>25</sup>. Así, Fadrique y Capece se convirtieron en una piedra

<sup>25</sup> Dice así el texto de Neocastro: «Conradus vero Capice de Neapoli provehitur cum paucis de Pisis in Carthaginem, ab inde cum domino Friderico, fratre regis Castellae, in Saccam descendit, Siciliae populum Conradini nomine turbaturus, in cuius maritima Fulco de Podio Richardi, tunc vicarius regius, agnoscens adventum eorum, cum innumerabili armatorum exfortio residebat. Praedictus vero Fridericus de Castella, assumptis duo de viginti sociis, percusserunt in medio hostium, et, sicut Domino placuit, hostes perterriti se posuerunt in fugam» (B. da Neocastro, *Historia Sicula*, cap. VIII, ed. G. Paladino, en *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. XIII, 3, Zanichelli, Bologna, 1922, p. 7).

en el zapato del Anjou, que además de tener que enfrentarse en el norte a la amenaza que representaba Conradino, se vio obligado a emplear una parte de sus recursos militares en sofocar el fuego de la rebelión prendido en la mitad sureña de su reino. Incluso después de haber derrotado y capturado al príncipe Hohenstaufen en la batalla de Tagliacozzo (1268) y de haber ordenado su decapitación pública en la plaza del mercado de Nápoles, la compañía de caballeros de Fadrique siguió luchando por un tiempo en Sicilia con cierto éxito. En este sentido, los *Annales Placentini Gibellini* refieren el triunfo conseguido en enero de 1269 por el infante y otros notables sicilianos fieles a Conradino (el propio Capece y Niccolò Maletta entre ellos) contra las tropas de refuerzo enviadas por Carlos a la isla. Tiene interés, principalmente, la descripción que esta fuente nos brinda de los caballeros que se batieron junto con el infante en este combate y resultaron claves en la victoria: se trataba de quinientos hombres oriundos de España, que luchaban pertrechados a la manera de la caballería ligera característica de aquella tierra (sus caballos iban cubiertos con pieles de toro, como los *hòmens a la genetia* o *cavalls alforrats* que aparecen, por ejemplo, en las páginas de las crónicas catalanas) y se hacían llamar – ¡cómo no! – Caballeros de la Muerte:

In proximo vero mense Ianuarii preterito Karulus comes Provincie ad defensionem Mixine et Palermi et aliarum civitatem Sicilie que pro eo tenebantur, ultra illos milites quos ibi habebat circa 800 milites, misit illuc 1500 milites et multos sagitarios et alios bellicosos; et transierunt in Siciliam, et iverunt in Mixinam, deinde Cataniam. Ex altera parte ei obstabant don Fredericus de Castella frater regis de Castella, Conradus Capitius, Nichola Maleta et alii plures de Scicilia fideles quondam regis Conradi, quem dictus Karulus interfecerat; qui erant in Lintino cum magna quantitate militum circa 3000; et cum illi de Karulo essent ad Caxam in ossidicione, illi barones de Sicilia venientes versus illos de Karulo armata manu, prelio incepto multis ex utraque parte gladiis interemptis fecerunt magnum prelium; tandem don Fredericus de Castella qui retro remanserat cum schera 500 militum de Yspania, *qui milites de morte appellantur*, cum equis eorum cohoptis de coriis bovum, impetum facientes in illos de Karulo, in fugam versos omnes interfecerunt, omnes ceperunt, et habuerunt ipsi barones victoriam in totum<sup>26</sup>.

<sup>26</sup> *Annales Placentini Gibellini*, ed. G.H. Pertz, en *Monumenta Germaniae Historica, Scriptorum*, vol. XVIII, Hannover - Leipzig, p. 530.



## Los vencidos de Gagliano

Examinada la naturaleza de los mimbres con los que Muntaner pudo modelar a sus Caballeros de la Muerte, cabe preguntarse por el equivalente histórico rastreable tras esta figura, es decir, por las identidades de los guerreros angevinos que encontraron la muerte luchando contra los catalano-aragoneses en Gagliano. Los nombres de algunos de sus más destacados capitanes pueden leerse en la *Historia Sicula* del cronista Niccolò Speciale<sup>27</sup>. En su mayoría, eran de origen francés, como sostiene el cronista de Peralada, pero no es cierto que todos hubiesen viajado desde Francia *ex professo* para vengar a sus parientes muertos, puesto que una buena parte de ellos se habían instalado en Nápoles y Sicilia ya muchos años antes: algunos, los más veteranos, habían llegado al reino durante los inicios del reinado de Carlos I de Anjou, traídos en su niñez o adolescencia desde Francia por sus padres, que habían tomado parte en las campañas de conquista llevadas a cabo por el monarca angevino (1266-1270); otros lo habían hecho unos años más tarde, tras el estallido de las Vísperas Sicilianas en 1282, atendiendo a las peticiones de ayuda militar del propio rey Carlos; en cualquier caso, y con el pasar del tiempo, la gran mayoría de todos ellos había hecho de aquellas tierras una nueva patria, en la que, además de ver recompensados sus servicios a la casa reinante con cargos, títulos y feudos, habían contraído buenos matrimonios y tenido descendencia. Esboцemos ahora, siquiera brevemente y con trazo grueso, el perfil de algunos de estos barones.

De entre los nombres aportados por Speciale, sobresale muy especialmente, por el prestigio de la familia de la que descendía, el de Gautier V de Brienne, que es precisamente el «comte de Brenda» al que – como hemos visto, sin decir su nombre – alude Muntaner<sup>28</sup>. Era hijo del conde Hugo de Brienne<sup>29</sup>, un barón de Ultramar en cuyas venas,

<sup>27</sup> Fueron, según el cronista siciliano, los siguientes: «Gualterius comes Brehennae, comes Vallis Montis, Goffridus de Mili, Jacobus de Bruxone, Johannes de Jamvilla, Oliverius de Berlinzone, Robertus de Cornario, Johannes Trullardus, Gualterius de Noe et Thomas de Procida [...] cum pluribus aliis nobilibus» (N. Speciale, *Historia Sicula*, I. V, cap. XII, ed. R. Gregorio, en *Bibliotheca Scriptorum qui Res in Sicilia Gestas sub Aragonum Imperio retulere*, Ex Regio Typographeo, Palermo, 1791, vol. II, p. 424).

<sup>28</sup> Sobre Gautier V, vid. el clásico trabajo de F. De Sassenay, *Les Brienne de Lecce et d'Athènes. Histoire d'une des grandes familles de la féodalité française (1200-1350)*, Hachette, Paris, 1869, pp. 165-185.

<sup>29</sup> Abordan la figura de Hugo de Brienne, entre otros, F. De Sassenay cit., pp. 136-165, y la más reciente semblanza biográfica de I. Walter, *Brienne, Ugo di*, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Treccani, Roma, 1972, vol. XIV, pp. 249-250; vid., además, J. Dunbabin, *The French in the Kingdom of Sicily, 1266-1305*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 143-144.

por vía materna, fluía la sangre de los Lusignan de Chipre, y de Isabel de la Roche, hija de Guido I de la Roche, segundo duque latino de Atenas. Hugo debió de entrar al servicio del rey Carlos de Anjou cerca del año 1268, porque combatió a su lado en la batalla de Tagliacozzo, lo que, junto con otros servicios, le valió por parte del monarca la concesión en 1271 del condado de Lecce, en la Apulia. A partir de entonces fue un hombre siempre influyente en la corte: entre otros cargos de responsabilidad, le fue encomendada la custodia del puerto de Brindisi y la supervisión del armamento de las naves que Carlos aprestaba para su frustrada expedición contra Bizancio. A partir de la primavera de 1282 tomó parte muy destacada en las campañas de los angevinos contra catalano-aragoneses y sicilianos, con fortuna en general adversa. El 5 de junio de 1284 combatió en la batalla del golfo de Nápoles, en la que fue hecho prisionero, junto con el príncipe Carlos de Salerno y muchos otros nobles franceses, por las fuerzas del almirante Roger de Lauria. Liberado poco después a cambio de un pingüe rescate, no tardó en tomar de nuevo las armas para defender la causa de los Anjou. El 23 de junio de 1287, en algún punto de la franja de mar entre Castellammare di Stabia y Sorrento, volvió a enfrentarse a la armada de Lauria en lo que con el paso del tiempo las crónicas dieron en llamar «la Batalla de los Condes»: también entonces los angevinos fueron duramente derrotados por el almirante calabrés, y Hugo cayó preso de nuevo. Parece que recuperó la libertad hacia 1288, pero sólo tras comprometerse a hacer frente a un rescate de un monto tan prohibitivo que le obligó a entregar como rehén en garantía del pago a su hijo Gautier. Éste, el quinto Brienne de ese nombre, es precisamente el Gautier que nos ocupa, el que luchó en Gagliano: por aquel entonces un jovencito de unos 13 o 14 años (había nacido en Francia hacia 1275), fue llevado a Sicilia y custodiado en el castillo de Agosta, donde al parecer llegó a confraternizar con la guarnición de la fortaleza, mayoritariamente compuesta por catalanes, y a familiarizarse con su lengua, como explica Muntaner:

E aquest comte de Brenda nodrí en Sicilia lonch de temps, al castell de Agosta, con era fadri; que son pare lo mès en recena, que y fo pres, et exí'n ab rescat, et lexà son fill en son loch; et per açò fanyia's de amar cathalans et parlava cathalanesch<sup>30</sup>.

Por lo que concierne a Hugo, sabemos que, cuando tras los acuerdos de Anagni (1295) los sicilianos se negaron a volver al redil de los Anjou y coronaron rey a Federico de Aragón, lo que reactivó de

<sup>30</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 240.

nuevo el conflicto por la posesión de Sicilia, el conde volvió a ser uno de los hombres a quien el entonces rey de Nápoles, Carlos II, confió la defensa de la tierra. En efecto, en julio de 1296 fue nombrado capitán general de la Tierra de Otranto y de toda la Apulia, con el encargo expreso de asumir la defensa del puerto de Brindisi. En el desempeño de estas funciones volvió a vérselas con las tropas catalanosicilianas, esta vez con peor suerte todavía que en las anteriores: en agosto de 1296, en una nueva operación relámpago, un contingente de almogávares asaltó y capturó Lecce, y parece que el conde, que se hallaba dentro de los muros de la plaza, murió espada en mano defendiéndola contra los atacantes.

Fallecido Hugo, su hijo Gautier heredó los condados de Brienne, Lecce y también el de Conversano (obtenido por su padre hacia 1290). En 1299 acompañó a Roberto de Anjou, entonces duque de Calabria, en su expedición contra Sicilia, llevado probablemente no sólo por el deber de servir a la casa de Anjou, sino también por el deseo de vengar la muerte de su padre. Fue quien asumió el mando del bando angevino en la jornada de Gagliano, y a juzgar por el testimonio de las fuentes, lo hizo con más arrojo y corazón que cabeza. Sobrevivió a la batalla, però cayó preso en manos de las tropas de Federico y permaneció cautivo hasta la firma de la paz de Caltabellota (1302). En 1308 heredó el ducado de Atenas tras la muerte sin descendencia del duque Gautier II de la Roche, primo de su madre Isabel, y se instaló en tierras griegas. El resto de la historia es bien conocido: en 1310 se hizo con los servicios de la Compañía Catalana, que en aquel momento acababa de atravesar tierras tesalias, para utilizarlos en sus campañas contra varios enemigos fronterizos, como así hizo; luego, sin embargo, discrepancias en el pago de los sueldos debidos a las tropas y de otra índole le llevaron a romper con este cuerpo mercenario. La situación de tensión degeneró en un enfrentamiento armado, y un 15 de marzo del año 1311, acompañado por lo más granado de la caballería francesa que habitaba el Ducado de Atenas, el duque se batió con los almogávares en Halmiros. El lance con este enemigo maldito de la casa de Brienne se saldó – una vez más – con un resultado catastrófico: Gautier V perdió la batalla, el Ducado y la vida.

A parte de Brienne, entre los vencidos había otro personaje que ostentaba el rango de conde: Speciale se refiere a él como el «comes Vallis Montis». Se trataba, sin duda, de Enrique II de Vaudémont, hijo del conde Enrique I y de Margarita de la Roche, otra de las hijas del ya antes mencionado duque de Atenas Guido I; los dominios de su condado se extendían a caballo de las tierras de los condes de Bar y de los duques de Lorena. Ya su padre Enrique I había colaborado con la causa angevina: formó parte del pequeño séquito con el que el 15 de mayo de 1265 zarpó desde el puerto de Marsella Carlos de Anjou, quien

se dirigía a Roma para recibir el título de rey de Sicilia de manos del papa Clemente IV. Sin embargo, no participó en la campaña contra el rey Manfredo Hohenstaufen, pues consta documentalmente que en noviembre de ese mismo año había regresado ya a tierras lorenesas, si bien es cierto que su primogénito, Renaud, quien le había acompañado en la travesía de Marsella a Roma, permaneció al lado de los angevinos. Hacia finales de mayo de 1268 acudió de nuevo a Italia a la llamada del rey Carlos I, necesitado de apoyo militar en la defensa de su recién adquirido reino contra las fuerzas de Conradino y sus aliados gibelinos; el 23 de agosto de ese año tomó parte seguramente en la batalla de Tagliacozzo, regresando una vez más poco después a su condado. En julio de 1270 se produjo su tercer viaje a Italia: en esta ocasión, se instaló en la corte del rey Carlos, quien le concedió el título de conde de Ariano (un 6 de febrero de 1271) y lo nombró su vicario general en la Toscana. Se sabe que murió entre mayo y el 10 de julio de 1278.

A la muerte de Enrique I, y puesto que su hijo mayor Renaud falleció también muy poco después, en 1279, heredó el condado de Vaudémont su segundogénito, Enrique II. Sabemos que, como tantos otros nobles franceses, se desplazó a Nápoles en el verano de 1282, para ayudar a Carlos I a sofocar la revuelta siciliana; regresó a Vaudémont tres años después, en 1285, poco después de la muerte del monarca angevino. En 1299 volvió a tierras italianas para ponerse al servicio de Carlos II de Anjou. Luchó en el campo de Gagliano junto a otros dos Vaudémont, sus hermanos menores: Jacques, señor de Bainville, y Guido, de quien sabemos que se hallaba al servicio de Carlos II en la corte napolitana desde 1293. Los tres murieron en la batalla, víctimas de los almogávares de Blasco y Guillem Galceran<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Para la historia de los condes de Vaudémont, remito a M. François, *Histoire des comtes et du comté de Vaudémont des origines à 1473*, Humblot, Nancy, 1935, pp. 61-116, quien, sin embargo, parece incurrir en un error al relatar la muerte de Enrique II, Jacques y Guido, arrastrado posiblemente por el relato de la fuente que maneja en este punto, el historiador alsaciano del siglo XVI Richard de Wassebourg, según el cual los tres hermanos murieron en 1299, en una batalla naval contra los aragoneses: «se retira [...] en Sicile, où finalement en une rencontre sus la mer contre les Arragonnois, fut tué avec deux de ses freres, Jacques et Guy, le vingtième an de son regne l'an de grace mil deux cens nonanteneuf» (R. de Wassebourg, *Second volume des antiquitez de la Gaule Belgicque, et de plusieurs principaultez contenues en icelle*, Paris, 1549, f. CCCLXXXIIv). La cuestión es que, como es bien sabido, entre 1299 y 1300 tuvieron lugar dos enfrentamientos navales entre sicilianos y angevinos: las batallas de Capo Orlando, en la costa siciliana (3-4 de julio de 1299), y de Ponza (14 de junio de 1300), saldadas ambas con sendas victorias de los segundos, a la sazón apoyados por la armada de Aragón y comandados por el almirante Roger de Lauria. Pues bien, a la luz de la documentación exhumada por el propio François, parece evidente que ni Enrique ni sus hermanos pudieron morir en el primero de estos combates, en el que de hecho probablemente ni siquiera participaron, puesto que, por ejemplo, los registros de la

Entre los nombres de los nobles franceses que tomaron parte en la jornada de Gagliano hallamos también el de Godofredo de Milly, hijo de Guillermo de Milly. Como en los casos anteriores, su padre también había sido hombre de confianza de Carlos I. En efecto, Guillermo de Milly ejercía como *marescallus regni Siciliae* al menos desde febrero de 1268, y poseía como vasallo del angevino diversos feudos sitios en la región de la Capitanata: era señor de Guglionesi, Petacchiato y San Martino, amén de barón de Bisaccia. En 1269 participó al lado de su señor en el asedio al enclave musulmán de Lucera, y un año más tarde formó parte de los hombres con los que Carlos pasó a Túnez para participar en la cruzada de su hermano Luis IX de Francia. Poco más se sabe de este noble, que falleció alrededor de 1276.

Su hijo, Godofredo, que había sido armado caballero en la corte del rey Carlos en Pentecostés de 1272 (precisamente el mismo día en que ciñeron espada los príncipes angevinos Carlos y Felipe) e investido del señorío de Castiglione todavía en vida del padre, heredó a su muerte todos sus títulos. En diciembre de 1282 participó en las negociaciones para fijar las condiciones del duelo caballeresco entre los reyes Pedro y Carlos en Burdeos, pues la documentación muestra que fue uno de los cuarenta caballeros angevinos encargados de hacer observar el cumplimiento por parte de su rey de las cláusulas acordadas de cara al – a la postre nunca materializado – combate<sup>32</sup>. Como antes había hecho Guillermo, con el paso del tiempo supo granjearse una influyente posición en el aparato de gobierno de la monarquía Anjou: así, el 26 de mayo de 1294, el rey Carlos II lo nombró senescal del reino. Durante la guerra con Federico de Aragón, ejerció primero como capitán de todo el litoral entre Vasto Aimone y Manfredonia, y más tarde como capitán general de guerra de la Basilicata, Valle del Cratis, Terra Jordana y de toda la Calabria. En 1297 fue acusado de traición en el desempeño de este último cargo, acusación que no sólo le supuso la pérdida del favor del rey, sino también una sentencia de condena y

cancillería angevina muestran que por esas fechas Guido se encontraba en Nápoles, en donde a petición suya el rey Carlos II emitía varios documentos relativos a su patrimonio (M. François, *Histoire des comtes* cit., pp. 98-99); por otra parte, tampoco pudieron tomar parte en el segundo, por lo menos el conde, que ya consta como fallecido en varios documentos anteriores a la fecha en que se produjo. Este hecho, unida a la ya conocida mención que del «comes Vallis Montis» hace Speciale en la *Historia Sicula*, permite colegir que el combate en el que los tres Vaudémont perecieron no pudo ser otro que, precisamente, el de Gagliano.

<sup>32</sup> *De rebus regni Siciliae (9 settembre 1282 – 26 agosto 1283). Documenti inediti estratti dall'Archivio della Corona d'Aragona e pubblicati dalla Sovrintendenza agli Archivi della Sicilia*, Tipografia del giornale «Lo Statuto», Palermo, 1882 (*Documenti per servire alla storia di Sicilia. 1a serie. Diplomatica*), vol. V, Appendice, doc. VIII, p. 695.

destierro. Sin embargo, aquella situación no duró mucho: el 28 de agosto de 1298, gracias a la intercesión de Roberto de Anjou, fue rehabilitado en su posición de senescal y le fueron devueltas todas sus posesiones. Se sabe que cayó malherido y preso en poder de los sículo-catalanes en Gagliano<sup>33</sup>, y que murió, posiblemente a causa de las heridas recibidas en la batalla, hacia el 15 de abril de 1300<sup>34</sup>.

Jacques de Burson era, con toda probabilidad, uno de los capitanes más veteranos de la malograda hueste<sup>35</sup>. Es difícil decir a ciencia cierta cuál pudiera ser la ascendencia de este personaje, aunque sí se sabe que era originario de las tierras del condado de Anjou, en Francia. Debió de llegar a Italia durante la campaña angevina contra Manfredo de Sicilia, porque en fecha tan temprana como 1267 lo encontramos ya al servicio de Carlos I. Tras su victoria sobre Conradino en 1268, el nuevo rey de Sicilia dispuso el matrimonio de su fiel Burson con Hilaria Filangieri, hija de Ricardo Filangieri, conspicuo gibelino que había dado apoyo a Conradino en la recién sofocada revuelta contra el dominio francés; gracias a ello, el desposado pudo beneficiarse del considerable patrimonio de la familia de su cónyuge. En 1270 le fueron confiadas las castellanías de las plazas de Rocca Piemonte y Nocera, y en fecha poco posterior llevó a cabo diversas embajadas como representante de Carlos ante varias ciudades de la Toscana. Estas actividades diplomáticas fueron la antesala de su nombramiento como vicario del rey Carlos en esta región italiana, cargo que desempeñó entre los años 1271 y 1273. En el ejercicio de su vicariado, se empleó al parecer con

<sup>33</sup> Sobre este particular, vid. M. Amari, *La guerra* cit., vol. I, p. 568, n. 1.

<sup>34</sup> Las trayectorias vitales de Guillermo y Godofredo de Milly se pueden reconstruir a partir de C. Minieri Riccio, *Cenni storici intorno i Grandi Uffizii del Regno di Sicilia durante il regno di Carlo I d'Angiò*, Stabilimento Tipografico Partenopeo, Napoli, 1872, pp. 218-223, y L. Cadier, *Essai sur l'administration de royaume de Sicile sus Charles Ier et Charles II d'Anjou*, Ernest Thorin, Paris, 1891, pp. 262-263. Asimismo, sobre esta dinastía francesa existen dos trabajos mucho más cercanos a nuestros días: A. Poirrier, *La maison de Milly-en-Gâtinais: première partie*, «Bulletin de la Société Historique et Archéologique de Corbeil, d'Etampes et du Hurepoix», 29 (1959), pp. 9-56, y A. Poirrier, *La maison de Milly-en-Gâtinais: seconde partie*, «Bulletin de la Société Historique et Archéologique de Corbeil, d'Etampes et du Hurepoix», 30 (1960), pp. 11-28.

<sup>35</sup> Sobre Jacques Burson, vid. C. Minieri Riccio, *Cenni storici intorno i Grandi Uffizii del Regno di Sicilia durante il regno di Carlo I d'Angiò* cit., pp. 52-56; L. Cadier, *Essai sur l'administration* cit., pp. 180 y ss.; I. Walter, *Boursonne, Jacques de*, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Treccani, Roma, 1971, vol. XIII, pp. 527-530; J. Pryor, *Soldiers of fortune in the Fleets of Charles I of Anjou, ca. 1266-1285*, en J. France (ed.), *Mercenaries and Paid Men: the mercenary identity in the Middle Ages*, Brill, Leiden, 2008, pp. 119-142; S. Pollastri, *Les Burson d'Anjou, barons de Nocera puis comtes de Satriano (1268-1400)*, en N. Coulet, J.M. Matz (eds.), *La noblesse dans les territoires angevins à la fin du Moyen Age. Actes du colloque d'Angers (3-6 juin 1998)*, École française de Rome, Roma, 2000, pp. 89-114.

excesiva dureza, utilizando además medios poco honestos para conseguir que las urbes toscanas satisficieran sus exigencias tributarias, lo que dio lugar a una ola de protestas de los comunes y motivó al cabo su cese en el puesto en marzo de 1274. En este punto el rastro de sus hechos se pierde hasta 1277, cuando lo reencontramos como capitán del cuerpo expedicionario que el rey Carlos envió a Hungría en apoyo de Ladislao IV Árpád, aliado y yerno suyo, entonces en apuros a causa de una rebelión encabezada por importantes nobles de su reino. Esta expedición, sin embargo, no se dilató demasiado en el tiempo, porque consta que en enero de 1278 Burson estaba de vuelta en Nápoles.

Como vasallo y oficial de la monarquía angevina, en la década de los 80 Burson tomó parte muy activa en los conflictos contra la Sicilia rebelde y su valedor el rey de Aragón. Así, a finales de 1282 formó parte de la embajada despachada por Carlos I a la corte de Pedro en Sicilia: de hecho, fue uno de los seis representantes designados por el Anjou para negociar con la parte aragonesa las condiciones del duelo de Burdeos, y su nombre aparece además – junto al del ya citado Godofredo de Milly – en la relación de los cuarenta caballeros angevinos encargados de velar por el cumplimiento de los acuerdos establecidos<sup>36</sup>. A medida que el conflicto contra catalanos y sicilianos fue recrudeciéndose, el grado de sus responsabilidades creció también: el 26 de noviembre de 1283 fue creado vicealmirante de todo el reino, y el 20 de diciembre de ese mismo año se le nombró castellano de Brindisi. Además, en tanto que vicealmirante, recibió por parte del príncipe Carlos de Salerno el encargo de organizar una flota destinada a ser empleada en la reconquista de Sicilia, tarea a la que se dedicó entre el invierno y la primavera de 1284, al propio tiempo que asumía la vigilancia y defensa de las costas de Amalfi y, en general, de toda la franja litoral comprendida entre Castellammare y Cilento.

El día 5 de junio de 1284, en el golfo de Nápoles, Burson tuvo la oportunidad de comprobar de primera mano cómo se desenvolvían las galeras cuyo armamento había supervisado contra la temible escuadra catalana de Roger de Lauria. El resultado fue, como se sabe, catastrófico para los angevinos. El vicealmirante luchó en aquella

<sup>36</sup> *De rebus regni Siciliae* cit., Appendice, doc. V, p. 679; doc. VI, p. 680; doc. VII, p. 682; VIII, pp. 690 y 695. También el cronista siciliano Bartolomeo da Neocastro afirma que Burson fue uno de los representantes de Carlos en estas negociaciones: «Deinde misit ipse Carolus rex *Jacobum de Brussono* et septem alios Francigenas de majoribus curiae suae ad Petrum regem, ut eis praesentibus idem rex confirmet praedicta; quibus omnibus per eum manu verboque firmatis, ipsis redeuntibus, omnia haec Carolus rex simili modo firmavit» (B. da Neocastro, *Historia Sicula* cit., cap. LIV, p. 44).

ocasión en la misma galera que Carlos de Salerno, precisamente la última en ser capturada por el enemigo, y fue uno de los caballeros que, cuando ya el desastre se antojaba inevitable, rodearon al príncipe para salvar su vida y opusieron una resistencia feroz a la marinería de asalto de Lauria, hasta que finalmente el joven Carlos rindió su espada al almirante calabrés<sup>37</sup>. Fue hecho prisionero por los vencedores, y parece que permaneció cautivo por cuatro años, recuperando la libertad hacia las postrimerías de 1288, precisamente al mismo tiempo que el propio príncipe<sup>38</sup>.

Ya libre, en 1289 se encontraba de vuelta en tierras napolitanas, donde el otrora Carlos de Salerno, ahora ya ascendido al trono como Carlos II, no tardó en encomendarle nuevas responsabilidades relacionadas con la defensa y la administración del reino: así, en marzo de 1290 ejercía como capitán de guerra en la Calabria; en 1292 le fue encomendada de nuevo la construcción de una armada en el puerto de Nápoles; en 1298 se le nombró *iustitiarius* de la tierra de Bari. En este último año participó también en el asedio angevino del castillo de Castellabate, en manos de una guarnición sículo-catalana desde 1286, y con su concurso en el mismo contribuyó a la rendición final de la plaza en 1299. Poco después se trasladó a Sicilia al servicio de Roberto de Anjou. Lo más probable es que hallase la muerte en Gagliano, o que resultase malherido y falleciese poco después, pues consta ya como muerto en un documento del 11 de mayo de 1300.

Otro nombre destaca entre las filas del malogrado ejército: el de Juan de Joinville, apodado *Trouillard*<sup>39</sup>. Era hijo de Godofredo I de

<sup>37</sup> Neocastro confirma que el príncipe de Salerno iba a bordo de la galera de Burson, al igual, por cierto, que el ya antes citado Hugo de Brienne: «Erat vero quaedam galea, scilicet domini Jacobi de Bruxono admirati, in qua erat princeps, Raynaldus Galardus, idem admiratus, Comes Acerrarum, comes Breennae, comes Monopelli, comes Villaegentium, Estandardus et plures alii proceres»; al ser abordada la embarcación por los enemigos, todos ellos, «implicitis et annexis brachiis eorum, fecerant quasi robusti muri parietem, adeo quod nullus poterat vi alterum ab altero separare», y lucharon como «magnates [...] inexpugnabiles» (B. da Neocastro, *Historia Sicula* cit., cap. LXXVII, p. 57). Sobre el comportamiento de la *garde de corps* de Carlos, vid. también los caps. 125-127 de B. Desclot, *Crònica*, ed. M. Coll i Alentorn, Barcino, Barcelona, 1949-1951, vol. IV, pp. 51-56) y R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 113, II, pp. 606-611 (me permito remitir además a mis notas a este capítulo, pp. 612-619).

<sup>38</sup> Pryor, *Soldiers of fortune* cit., pp. 140-141, n. 46, apunta la posibilidad de que Burson hubiera escapado a la cautividad de alguna forma, puesto que aparece todavía como vicealmirante del reino en un documento del 10 de agosto de 1284.

<sup>39</sup> Para la rama de los Joinville presentes en el *Regnum Siciliae* en época angevina y, en concreto, la figura de Juan *Trouillard*, sus hechos y el origen de su apodo, vid. H. Delaborde, *Jean de Joinville et les seigneurs de Joinville*, Imprimerie nationale, Paris, 1894, pp. 233-235.



Joinville, señor de Briquenay, y de Mabila de Villehardouin, y nieto por vía paterna de Juan de Joinville – el famoso senescal de Champaña, amigo personal de Luis IX de Francia y autor de la *Histoire de Saint Louis* – y de Alicia de Grandpré. Nacido hacia 1247, Godofredo participó como feudatario de Felipe III el Atrevido en la campaña que el soberano francés llevó a cabo en 1272 contra el conde de Foix Roger Bernardo III. En 1282, seguramente después del inicio de la rebelión de las Visperas, pasó a Nápoles y Sicilia al servicio de Carlos de Anjou. Debió de ser él el Joinville que, según las crónicas, luchó en la batalla naval de los Condes, en la que fue capturado junto con el resto del mando angevino. Murió en fecha indeterminada hacia las postrimerías del año 1290. De su matrimonio con Mabila quedaron tres hijos: Godofredo II, el ya mencionado Juan *Trouillard* y Guillermo. Nos interesan sobre todo los hechos de los dos primeros.

De Godofredo II consta que en 1292 el rey Carlos II de Anjou le concedió la posesión de diversos lugares sitos en tierras campanas y apulenses, entre ellos Alife, Lettere, Gragnano, Sant'Agata di Puglia, Zungoli y Sant'Angelo dei Lombardi. Acerca de su papel en las guerras sicilianas, tenemos noticias de su participación en la defensa del puente de Brindisi (agosto de 1296) contra las tropas sículo-catalanas de Federico de Aragón, en el transcurso de la cual perdió precisamente la vida. Disponemos, por cierto, de un relato bastante detallado sobre su muerte, que le sobrevino mientras se batía denodadamente con el mismo Roger de Lauria: en efecto, lo que ocurrió fue que, tras de haber sido herido en la cara por el almirante, intentó cargar contra él para investirle con el pecho de su caballo; entonces, sin embargo, el animal hizo un movimiento brusco y se precipitó puente abajo, arrastrando consigo a su jinete<sup>40</sup>.

Por lo que respecta a Juan *Trouillard*, sabemos que en 1288 fue creado señor de Venafro. Luchó en Gagliano, donde al parecer se mostró animoso y algo temerario, y sobrevivió a la derrota, pues consta que en 1303 fue investido con la dignidad de mariscal del *Regnum*

<sup>40</sup> El episodio lo registra la *Historia Sicula* de Speciale, quien se refiere a Godofredo II como «vir nobilis et armorum fama preclarus, qui preerat Gallorum militie». Así narra su duelo con Roger de Lauria: «diu super exiguo loco multa virorum fortium nomina convenerunt, diu multo cruore dimicatum est, quousque Admiratus et Goffridus casualiter concurrerunt. Itaque resumptis viribus, duo viri notabiles mutuis se vulneribus appetunt, vitamque pro laude victoriae in animo paciscuntur. Cumque Goffridus exitio Rogerii imminens clava illum appeteret, ille manu celeri ducto gladio per extremas oras lorice, qua parte subest galee, Goffridum in facie vulneravit. Goffridus autem, accepto vulnere, quod patebat, acrius ardescit in pugnam, et quasi prevalens, equum contra Rogerium calcaribus stimulat; equus vero agilis, et stimulorum impatiens in saltum erectus relabitur, et miserabili casu in limum inscrutabilem de ponte cum sessore prostratur» (N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. III, cap. XVI, pp. 372-373).

*Siciliae* por Carlos II. En ese mismo año partió para Francia, donde permaneció hasta fines de 1307, ocupado en asuntos relacionados con la gestión de su patrimonio en aquel reino. A su regreso a Nápoles, la corona le entregó tierras en Vico, Arce, Ischitella y otros puntos de Tierra de Labor. La última noticia que se conoce de él es en 1308 se le nombró condestable del reino; a partir de entonces su pista se pierde en la historia.

Es preciso advertir que no todos los comandantes del bando angevino pertenecían a la nobleza franca; también los había procedentes de ilustres dinastías latinas, enraizadas en el meridión italiano desde antes incluso de la creación del *Regnum Siciliae* en el siglo XII. Uno de ellos era Tommaso da Procida, cuyo perfil difería bastante del de sus conmlitones, entre otras cosas porque sus antepasados más inmediatos no habían sido precisamente los más fervientes partidarios de la dinastía Anjou, sino más bien todo lo contrario: era el segundo hijo de Giovanni da Procida, el gran diplomático y médico del emperador Federico II al que la leyenda atribuye el papel de principal muñidor y alentador de la revuelta de los sicilianos contra Carlos I. Para Giovanni, el tratado de Anagni de 1295 había supuesto un vuelco radical en su vida, que le había obligado a buscar la reconciliación con el enemigo al que durante tantos años había combatido desde su influyente posición de consejero al servicio de los reyes de la casa de Aragón: en efecto, en 1297 había obtenido el perdón de la Iglesia y el de Carlos II, quien le había reconocido la posesión de sus bienes en el reino de Nápoles. Dicho patrimonio fue heredado a su muerte, acaecida en 1299, por Tommaso, su segundogénito, quien a partir de entonces se convirtió en un partidario activo de la causa angevina y participó en la fase final del conflicto siciliano. Superviviente de Gagliano, ostentó durante los reinados de los angevinos Carlos II y Roberto I los títulos de señor de Ischia, Procida y Capri. Murió en mayo de 1321<sup>41</sup>.

Poco es lo que conocemos acerca de la peripecia vital de los otros caballeros que según Speciale lucharon en la batalla. Así, no se sabe a qué figuras históricas pueden corresponder los nombres de «Oliverius de Berlinzone» y «Robertus de Cornario» que el cronista de Noto cita en su relato. Por otra parte, detrás del de «Gualterius de Noe» hay que

<sup>41</sup> Tratan el personaje de Juan de Prócida, entre otros, M. Amari, *La guerra cit., ad indicem*; H. Wieruszowski, *Politics and culture in medieval Spain and Italy*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1971, pp. 173-223; F. Soldevila, *Pere el Gran*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1995, vol. I, pp. 226, 377-378 y 472; S. Runciman, *Vísperas Sicilianas: una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Alianza, Madrid, 1979, *passim*.

reconocer, sin duda, a Gautier de Noyers, miembro de una muy distinguida dinastía borgoñona: señor de Pouilly, Cérisey, Vézinnes y Chassignelles, era hijo de Miles V, señor de Noyers, y de María de Châtillon, y hermano menor de Miles VI, quien llegó a ostentar la dignidad de mariscal de Francia y combatió al servicio de los reyes de la dinastía Valois en la Guerra de los Cien Años. Sabemos que fue otro de los supervivientes de Gagliano, y que tampoco debió de caer preso en la aciaga jornada, porque antes del 20 de julio de 1300 había contraído nupcias con Agnese Orsini, que precisamente se acababa de quedar viuda de un compañero de armas de Gautier al que ya nos hemos referido anteriormente: Godofredo de Milly. De Noyers murió en Nápoles hacia el año 1304<sup>42</sup>.

En cualquier caso, la consideración en conjunto de buena parte de las semblanzas aquí tan sólo bosquejadas permite apreciar la existencia de un patrón predominante entre los angevinos combatientes en la batalla de Gagliano: descendientes de orgullosas familias de cultura franca instaladas en el *Regnum* desde los inicios de la monarquía de Carlos de Anjou, habían participado, en tanto que feudatarios de la corona y afectos a la causa de sus reyes, en las campañas contra la Corona de Aragón y los rebeldes de Sicilia, en el transcurso de las cuales habían sufrido en sus carnes, amén del deshonor de las reiteradas derrotas, las penurias de la cautividad y hasta incluso la pérdida de parientes caídos en combate. Habida cuenta de ello, no resulta extraño que estos guerreros vieran en la posibilidad de un nuevo enfrentamiento con las tropas catalano-aragonesas y sicilianas una oportunidad de vengarse y resarcirse de las afrentas sufridas en el pasado por ellos mismos y sus antepasados. En este aspecto, pues, el relato de Muntaner no parece tan alejado de la realidad histórica.

### **La batalla: el engaño del (otro) Muntaner**

Sabemos que Muntaner no luchó en Gagliano; de hecho, en la fecha en que la batalla tuvo lugar – en algún momento a lo largo de febrero de 1300 – ni siquiera había pisado aún suelo siciliano. En efecto, es seguro que a principios de ese año se hallaba en la ciudad de Valencia, porque ha llegado hasta nosotros un documento del primer día de marzo de ese año en el que el rey Jaime II ordenaba a Bernat de Llibià, su *batlle* general en el reino valenciano, que entregase dos de las

<sup>42</sup> Sobre la dinastía de los Noyers, vid. E. Petit, *Les sires de Noyers*, G. Perriquet, Auxerre, 1874.

galeras o taridas armadas que había en las atarazanas del *caput regni* al entonces ciudadano de Mallorca Ramón Muntaner, quien merced a la concesión quedaba autorizado a hacer uso de las mismas en sus travesías entre los distintos territorios de la Corona de Aragón<sup>43</sup>. Este dato nos permite establecer, de un modo ciertamente impreciso aunque prudente, el arco temporal en el cual se produjo el paso de Muntaner al reino de Sicilia: debió de tener lugar necesariamente en algún momento a partir de marzo de 1300<sup>44</sup>, y en cualquier caso antes

<sup>43</sup> Dice así el documento en cuestión: «Noveritis nos concessisse Raymundo Muntanerii, civi Maioricensi, quod teneat a nobis duas galeas seu taridas nostras ex illis galeis nostris que sunt in daraçanali nostro Valencie, ita quod cum ipsis naviget ad partes Maiorice, Cathalunie, Valencie et Murcie dum de nostra processerit voluntate» (M. De Barcelona, *Nous documents per a la biografia de Ramon Muntaner*, «Spanische Forschungen», 6 (1937), doc. 3, p. 315).

<sup>44</sup> ¿Se sirvió Muntaner para su viaje a Sicilia de las dos galeras que le había prestado el rey Jaime II? Así lo ha sostenido recientemente algún crítico, sugiriendo además la posibilidad de que el rey de Aragón se hubiese propuesto apoyar ocultamente a su hermano Federico en la guerra que sostenía contra Carlos II de Anjou, enviándole armas, provisiones y refuerzos por medio de las dos galeras capitaneadas por el autor de la *Crònica*: «És evident que els dos vaixells amb els quals havia de navegar per aigües de la Corona, sense expressa finalitat, li van servir per anar a Messina, possiblement per portar-hi algun ajut en homes i vitualles, d'acord amb la mateixa voluntat del rei» (S.M. Cingolani, *Vida, viatges i relats de Ramon Muntaner*, Editorial Base, Barcelona, 2015, p. 66). Se trata, sin duda, de una hipótesis atractiva y sugerente, aunque existen razones fundadas para ponerla en cuarentena. Para empezar, es poco probable que el rey de Aragón, creado por Bonifacio VIII ya en esa época señalero, almirante y capitán general de la Iglesia, pudiera exponerse a ser descubierto enviando ayuda militar a su hermano excomulgado; de hecho, gracias a un documento dado en Lérida el 18 de mayo de 1300 (es decir, poco después de la concesión de las dos embarcaciones a Muntaner), sabemos que, al menos en este aspecto, el Justo no tenía ninguna intención de hacer nada que pudiese ponerle en entredicho ante los ojos de Roma. El documento en cuestión ofrece un trasunto de la embajada expuesta ante Jaime II por Ramón Oulomar, diplomático al servicio de Federico, seguido de la respuesta dada por el monarca a cada uno de los puntos abordados por el emisario. Parece que durante dicha audiencia, entre otras cosas, Oulomar solicitó al rey de Aragón que tuviese a bien apoyar a su hermano de Sicilia en la guerra que mantenía, añadiendo que, en caso de que las circunstancias o las obligaciones contraídas no le permitieran significarse públicamente, también sería bien recibida por Federico una ayuda más discreta: bastaría con que el soberano aragonés levantase la prohibición de viajar a Sicilia que pesaba sobre sus súbditos, entre los cuales había muchos dispuestos a tomar de nuevo las armas para combatir contra los Anjou. En suma, lo que se pedía a Jaime era que tolerase o hiciese la vista gorda con aquellos contingentes de voluntarios que zarparan de sus puertos con rumbo a la isla. Pues bien: a esta petición, Jaime II respondió que no estaba en condiciones de ayudar a Federico en ninguno de los sentidos que le habían sido propuestos; cosa distinta sería que el rey de Sicilia estuviese dispuesto a avenirse con Roma: entonces él sería el primero en interceder ante el papa para encontrar alguna salida al conflicto que resultase honorable para su hermano. Además, añadió que, en tanto que capitán general de la Iglesia, no le quedaba más remedio que vigilar, frustrar y castigar cualquier intento por parte de sus gentes de involucrarse en el conflicto siciliano a favor de Federico, cosa que

del verano de 1301, cuando Roberto de Anjou puso cerco por mar y por tierra a la ciudad siciliana de Mesina, en la defensa de la cual Muntaner participó, según declara él mismo en la *Crònica*, desde el primer día hasta el último:

Què us diré? Que tots dies [lo duch] nos donava gran batayla; et jo puschos-vos-ho dir, que jo fuy dins lo setge del primer dia entrò al darrer, et havia dejús ma conestablia de la torra de Santa Clara entrò al palau del senyor rey; et segurament que en aquell loch portàvem més d'efany que enloch de la ciutat. Què us diré? Que assats nos daven què fer, qui per mar, qui per terra<sup>45</sup>.

Así pues, Muntaner no tuvo un conocimiento directo de la batalla; probablemente oyó hablar de ella (más tarde veremos cuáles pudieron ser sus fuentes) en el curso de esta estancia en Sicilia, enmarcada en un momento en el que – eso sí – el recuerdo de los hechos seguía sin duda muy vivo y fresco en la memoria colectiva de las gentes de la isla, convenientemente alimentado como arma propagandística por un Federico de Aragón entonces inmerso en extenuante lucha por la supervivencia de su monarquía y necesitado de mantener la moral alta entre las propias filas. Esta circunstancia puede ayudar en parte a entender uno de los aspectos ya señalados por la crítica a propósito de las páginas de la *Crònica* que aquí nos ocupan, esto es, el error cronológico en el que incurre Muntaner al situar la batalla de Gagliano antes en el tiempo que la de Falconara, librada el 1 de diciembre de 1299 y saldada igualmente con una victoria de los sículo-catalanes, quienes capturaron en ella al comandante enemigo, el joven Felipe de Anjou, príncipe de Taranto<sup>46</sup>. Es razonable explicar este descuadre

tenía intención de seguir haciendo en lo sucesivo (M. Rodrigo Lizondo, *Col·lecció documental de la Cancelleria de la Corona d'Aragó. Textos en llengua catalana (1291-1420)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2013, doc. 50, p. 144). Teniendo en cuenta el tono empleado por el rey de Aragón ante el embajador Oulomar, parece harto improbable que hubiese diseñado un plan para apoyar a su hermano bajo mano, ni que hubiese aprobado o simplemente tolerado una iniciativa en el mismo sentido por parte de alguno de sus súbditos, todo lo cual, por supuesto, no excluye la posibilidad de que Muntaner hubiese proyectado su paso a Sicilia por su cuenta y riesgo, desobedeciendo así las disposiciones del monarca.

<sup>45</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap.195.

<sup>46</sup> Existen pocos estudios específicos sobre la batalla de Falconara: vid. S. Romano, *Sulla battaglia della Falconaria e sull'assedio di Trapani nel 1314*, «Archivio storico siciliano», 25 (1900), pp. 380-395, y P. Mancuso, *La battaglia della Falconaria (1 dicembre 1299). I fatti, i personaggi, il luogo*, Bologna, 2010 (tesis de licenciatura inédita). El error de Muntaner al invertir el orden de ambos episodios fue advertido ya por Amari: «Ramondo Montaner [...] narra assai diversamente questa fazion di Gagliano. Il primo errore è che la pone innanzi alla battaglia della Falconaria» (M. Amari, *La guerra* cit., vol. I, p. 568).

entre el orden temporal histórico y el del universo muntaneriano como la consecuencia de tres factores: a) la consabida noción *ex auditu, non ex visu* que Muntaner tenía de los sucesos; b) la ya considerable distancia temporal existente entre la época en que tales sucesos acontecieron y aquella en que Muntaner los rememoró (recordemos que comenzó la escritura de su libro en 1325); y c) el hecho de que entre los choques de Falconara y Gagliano mediaran tan sólo poco más de dos meses, lo cual también debió de facilitar la confusión. Sin embargo, más allá de la pura constatación de la existencia de un anacronismo en este punto del relato de la *Crònica*, conviene subrayar que el fenómeno tiene un feliz efecto desde el punto de vista de la organización del material narrativo. En efecto, si observamos el modo en que Muntaner refiere las guerras sostenidas por Federico de Aragón tras su subida al trono, advertimos que su atención se centra de modo preferente en unos pocos episodios bélicos, ubicados en el tiempo entre los años 1299 y 1302, que refiere por este orden:

1. Defección de Catania y otros lugares sicilianos al bando angevino (cap. 190)
2. Batalla de Gagliano (cap. 191)
3. Batalla de Falconara (cap. 192)
4. Asedio y bloqueo naval de Mesina por Roberto, duque de Calabria. Intervención de Roger de Flor y retirada de los angevinos (cap. 193-196)
5. Victoria final de Federico; paz de Caltabellota (cap. 197-198)

Lo narrado en cada una de las secciones arriba establecidas se articula en una estructura en la que se observa una manifiesta progresión climática: como la Providencia – de acuerdo con una idea expresada en varias ocasiones en el libro – dispone que los asuntos de los reyes de la casa de Aragón prosperen siempre «de bé en meylor»<sup>47</sup>, la defensa de Sicilia por Federico y sus hombres no puede traducirse sino en un serie de victorias de dimensión cada vez mayor ante un enemigo que, a pesar de contar siempre con más hombres y recursos, fracasa sistemática y estrepitosamente en todos sus intentos. Así, vemos en primer lugar que los avances territoriales conseguidos por los Anjou gracias a las intrigas de Scordia, Caputo y otros traidores son contrarrestados rápidamente por los cotidianos asaltos de una reducida pero aguerrida caballería del rey de Sicilia sobre los caballeros del duque de Calabria. En este punto entran en escena los Caballeros de la Muerte, derrotados por Guillem Galceran, Blasco y los

<sup>47</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 1, II, p. 17.

almogávares en un enfrentamiento que, a pesar de no poseer por su escala reducida la trascendencia de aquellos combates en los que se ven involucrados ejércitos mucho mayores (como veremos más adelante, el propio Muntaner destaca las modestas dimensiones de los contingentes en liza), supone un duro golpe moral para el enemigo y provoca el asombro del papa. Poco después tiene lugar la batalla de Falconara, de mayor envergadura en lo numérico y en la que, además, tanto angevinos como sicilianos son acaudillados por sendos comandantes de sangre real: el rey Federico de una parte y el príncipe Felipe de Tarento de la otra. Se trata de un choque de largo alcance, cuyo desenlace acarreará consecuencias de una significación histórica mucho más pronunciada: en el fragor de la batalla, los capitanes de uno y otro bando mantienen un largo e igualado duelo (que Muntaner recrea empleando un tono y un lenguaje claramente épicos), al cabo del cual Federico derrota y captura al príncipe (y al convertirlo en su prisionero, le salva la vida, contra el criterio de Blasco de Alagón, partidario de darle muerte sobre el mismo campo)<sup>48</sup>. Después de este nuevo revés, los Anjou deciden escalar todavía más si cabe el conflicto y reclaman la ayuda de la casa real francesa, que envía a Sicilia a Carlos de Valois al frente de un contingente de caballeros franceses y provenzales. Llegamos así a un punto crítico: mientras el ejército del de Valois recorre la isla intentando – sin mucho éxito – ganar posiciones en el territorio, Roberto de Anjou somete a Mesina a un cerco tan duro por mar y por tierra que la ciudad «fo a ventura de desemparar per fam»<sup>49</sup>. Sin embargo, cuando todo parece perdido, entra en escena Roger de Flor, que con sus galeras consigue romper el bloqueo y proveer de víveres a los mesineses, una intervención providencial que fuerza al duque de Calabria a levantar el asedio<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> Sobre esta anécdota, vid. J.A. Aguilar, «*Fieri pax per eum: Carles II d'Anjou a la Crònica de Muntaner*», «*Estudis Romànics*», 26 (2004), pp. 148-149.

<sup>49</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 196.

<sup>50</sup> Por otra parte, la introducción del personaje de Roger en este punto tiene toda su lógica desde el punto de vista de la construcción del relato, pues ayuda a fortalecer la trabazón narrativa del mismo, al proponer Muntaner al futuro líder de la Compañía Catalana como el nexa que a su juicio demuestra la continuidad existente entre las conquistas de la casa de Aragón en Italia y la expedición de los almogávares a Bizancio, Grecia y Asia Menor, expedición que no cabe entender como el periplo de un simple cuerpo mercenario a las órdenes de una potencia extranjera y, por tanto, como un hecho aislado de la materia hasta ese punto abordada por la *Crònica*, sino como «fets molt meravaylozes et de gran cosa, et qui tots són reputats, et deuen ésser, al casal d'Aragon» (R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 193), un aspecto que el cronista parece especialmente interesado en subrayar, como ya en su día señaló R.G. Keightley, *Muntaner and the Catalan Grand Company*, «*Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*», IV, 1 (1979), pp. 37-58.

Finalmente, Muntaner nos muestra a unas fuerzas angevinas diezmadas por la carestía, la pestilencia y las sucesivas derrotas, para quienes la isla de Sicilia se ha convertido en una ratonera sin escapatoria; Federico podría atacarles en cualquier momento con el pleno de sus tropas y asestarles el golpe de gracia, pero en lugar de ello, el rey de Sicilia vuelve a mostrarse misericordioso (Muntaner, de hecho, convierte la clemencia en una de las cualidades definitorias del personaje): les perdona la vida y negocia la paz con ellos, lo que lleva a la firma del tratado de Caltabellota y a su consolidación en el trono.

En definitiva, el episodio de Gagliano ocupa una oportuna posición como eslabón de una cadena narrativa en cuyo ensamblaje se observa una clara voluntad de moldear y presentar la realidad de acuerdo con una gradación *in crescendo*, en la que todos los hechos convergen sin casi ningún matiz en el triunfo final y sin paliativos de Federico de Aragón. Huelga decir que, a fin de construir este relato, Muntaner tiene que obviar necesariamente – y no es nada descabellado afirmar que lo hace muy a conciencia – muchos elementos que comprometerían o cuanto menos matizarían el mensaje que quiere hacernos llegar<sup>51</sup>.

<sup>51</sup> Así, por ejemplo, vemos que no hay en la *Crònica* mención concreta alguna sobre el curso de la guerra siciliana entre enero de 1296, momento de la coronación de Federico, y octubre de 1299, cuando acontece la rebelión cataniense, lo cual resulta bien lógico: de haber cubierto este periodo, Muntaner habría tenido que tratar el espinoso asunto de la alianza de Jaime II con los Anjou y la Iglesia en contra de Federico (acerca de este punto, *vid.* J.A. Aguilar, «*Lo rey d'Aragó no-ns fa sinó greuges e vilanies!»: papat i casa d'Aragó a la Crònica de Muntaner*», *«Estudis Romànics»*, 28 (2007), pp. 111-118); o relatar, asimismo, de qué modo en 1297 Guillem Galceran y Blasco de Alagón derrotaron sonoramente en la calabresa Catanzaro a un ejército angevino que les superaba en número por un amplio margen, victoria de la que, a pesar de ensalzar a estos dos personajes diciendo que sus enemigos los temían más que a nadie ni a nada en el mundo («ells dubtaven aquests II ríchs-hòmens més que persones qui fossen e'l món; et devienho fer, que molt eren bons cavallers et de gran valor et moltes batalles los havien vençudes», R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 195), parece preferir no hablar porque uno de los capitostes del ejército angevino era precisamente el hasta la fecha invicto Roger de Lauria – entonces ya enemistado con Federico y alineado, como su señor el rey de Aragón, con sus antiguos enemigos –, quien a punto estuvo de perder la vida en la ocasión y solamente pudo huir *in extremis* de la masacre (N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. IV, cap. I, pp. 383-386); o explicar, finalmente, en qué momento el enfrentamiento entre Jaime y Federico llegó a su punto culminante, y hablar, por tanto, de lo que sucedió entre el 3 y el 4 de julio de 1299 en aguas de Capo d'Orlando, donde la armada de Aragón, dirigida por un Roger de Lauria sediento de venganza, se enfrentó y derrotó a la armada de Sicilia, en la que además de sicilianos había igualmente catalanes y aragoneses (J.A. Aguilar, *Lo rey d'Aragó* cit., pp. 119-122). Por otra parte, conviene advertir que también en la versión que Muntaner ofrece del conflicto siciliano desde 1300 hasta su conclusión se aprecia alguna laguna significativa: así, en el mundo evocado por el peraladense no parece haber tenido nunca lugar la batalla naval de Ponza, librada el 14 de junio de 1300 – pocos meses después, por tanto, de las victorias de Falconara



Sin embargo, el orden en que Muntaner relata los hechos no parece, al menos en este caso, la única clave interpretativa de las páginas que nos ocupan. A mi juicio, reviste un interés mucho mayor el análisis de algunos aspectos relativos al ritmo narrativo que el cronista imprime a su relato y a la cantidad y calidad de la información que en él nos suministra. Leamos, por ejemplo, de qué modo resuelve la explicación de las circunstancias que llevaron a la batalla:

Què us diré? Ells saberen I jorn que·l comte Galceran et don Blascho eren en I castell de Sicília qui ha nom Gallano; et tots CCC cavallers, molt gint arreats, et d'altres qui·ls volgren acompanyar, anaren-se'n a Gallano<sup>52</sup>.

Esto fue lo que lisa y llanamente sucedió, según Muntaner: poco después de su llegada a Catania, los Caballeros de la Muerte tienen noticia del paradero de la hueste de Blasco de Alagón y Guillem Galceran de Cartellà, por lo que, sin más dilación, marchan en pos de ellos para llevar a cabo sus belicosos votos. En unas pocas líneas – de hecho, en una sola oración –, la pluma muntaneriana nos transporta de la Catania ocupada por Roberto de Anjou al castillo de Gagliano, donde los dos capitanes de Federico de Aragón son informados de la inminente llegada del enemigo y, tras una breve deliberación, deciden presentarles batalla a toda costa: «et agren lur acort que de tot en tot los exissen a batayla»<sup>53</sup>. A base de trazos raudos y someros, el relato ha avanzado hasta el momento inmediatamente anterior al comienzo de la conflagración, con ambos ejércitos ya a punto de desplegarse sobre el campo de batalla. Lo que pasará a continuación ya lo conocemos: los Caballeros de la Muerte cumplirán su propósito de enfrentarse a los hombres que dieron muerte a sus parientes, pero lejos de vengar su memoria, acabarán corriendo su misma suerte. Fin de la historia.

Lo que más poderosamente llama la atención de cuanto sugiere la *Crònica* acerca de los prolegómenos del combate es esto: que los caballeros angevinos estaban apercebidos de la posición exacta del pequeño ejército de catalanes, aragoneses y sicilianos; que, por

y Gagliano – y en la que la flota siciliana fue de nuevo duramente derrotada por la angevina de Lauria (J.H. Pryor, *The naval battles of Roger of Lauria*, «Journal of Medieval History», 9 (1983), pp. 208-211), batalla sin duda obviada por el cronista porque se trataba un suceso desastroso para los de su bando, cuya inclusión en el relato habría resultado difícil de conciliar con su tan celebrado y triunfalista «de bé en meylor», al sugerir más bien una campaña militar llena de altibajos, penurias y adversidades para los dos bandos en litigio.

<sup>52</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191.

<sup>53</sup> *Ibidem*.

consiguiente, eran plenamente conscientes de lo que les aguardaba al llegar al lugar en cuestión, esto es, una cruenta batalla de resultado incierto contra un formidable enemigo; que estaban dispuestos a jugarse el tipo en tan peligroso trance, en el que veían, sobre todo, una oportunidad de satisfacer el anhelo de venganza que albergaban en sus corazones. La impresión que, en fin de cuentas, se lleva el lector es que la truculenta muerte de aquellos hombres en Gagliano fue el último y orgulloso acto de un camino tomado deliberadamente, a sabiendas de los riesgos que entrañaba. Y sin embargo, hay motivos de sobra para pensar que históricamente ello no fue exactamente así. Merece la pena, pues, que nos detengamos, siquiera brevemente, sobre esta cuestión.

Consideremos, por ejemplo, en qué momento tuvo lugar el combate: ya hemos visto que fue a lo largo del mes de febrero de 1300, en fecha indeterminada. Es decir, en invierno. Como sabe cualquier persona mínimamente familiarizada con las prácticas bélicas del Occidente medieval, la primavera y el verano eran las estaciones en las que tradicionalmente se desarrollaban las campañas militares, porque para un ejército resultaba mucho más fácil moverse y conseguir provisiones en esas épocas del año; por contra, con la llegada de las estaciones frías lo más prudente era consolidar los avances conseguidos durante la campaña, guarnecer castillos y fronteras y esperar – entre preparativos logísticos y de inteligencia saltados, de vez en cuando, por alguna pequeña escaramuza o cualquier otra acción de baja intensidad – el regreso de «*lo gais temps de pascor*» tan celebrado en los poemas trovadorescos, momento en el que se retomarian las hostilidades a gran escala. Por eso mismo resulta difícil de creer que, por muy temerarios que fuesen, los Caballeros de la Muerte históricos lanzasen en pleno mes de febrero una expedición a Gagliano con el propósito directo de entablar batalla contra Blasco de Alagón y Guillem Galceran de Cartellà, obviando lo que establecían las leyes de la guerra y el más básico sentido común; más bien parece que, en realidad, concibieron la operación movidos por un objetivo menos heroico y más pragmático, cuya consecución se les debió de antojarse poco costosa<sup>54</sup>.

¿Cuál era este objetivo? La lectura de las versiones de la batalla contenidas en las fuentes sicilianas lo deja bien claro: la toma del castillo

<sup>54</sup> Sigo aquí las agudas consideraciones que a propósito precisamente de Gagliano hace Colletta, quien destaca la «*eccezionalità di episodi bellici che, come questo, si intraprendono anche fuori stagione, verosimilmente per la speranza [...] di ottenere senza troppa fatica e rapidamente un successo significativo sul nemico, in grado di compensare i pericoli e la difficoltà di una campagna militare invernale*» (*Cronica Sicilie* cit., cap. LXVIII, p. 152, n. a líneas 7-8). Sobre esta misma cuestión, vid. también P. Colletta, *Storia, cultura* cit., pp. 220-223.

de Gagliano. Pero los angevinos no tenían ni mucho menos previsto someter la plaza a un largo y penoso asedio, sino que estaban convencidos de ejecutar un rápido e incruento golpe de mano, y esto porque la guarnición que defendía la fortaleza en nombre del rey Federico les había hecho llegar su disposición a cambiar de bando y entregársela si acudían a tomar posesión de ella. Se trataba, por tanto, de una ocasión que no cabía desaprovechar: tan sólo debían cabalgar y adueñarse de lo que se les ofrecía. Lo que, naturalmente, ignoraban el conde de Brienne y sus compañeros cuando dejaron atrás los muros de Catania para marchar hacia Gagliano era que la guarnición del castillo no tenía en realidad ninguna intención de ponerse a sus órdenes ni de entregarles nada: los ofrecimientos que les habían hecho eran tan sólo un señuelo, un ardid para atraerlos a las inmediaciones del lugar, a una posición vulnerable en donde finalmente cayeron sobre ellos Blasco y el Cartellà. Es decir, que los Caballeros de la Muerte fueron víctimas de una estratagema urdida por la astucia de sus enemigos.

La primera evidencia de que esto fue así la tenemos en la *Cronica Sicilie*, quien, sintéticamente, anota que el ejército partió hacia Gagliano «ad apprehendendum ipsum castrum *ex promissione fallaci sibi inde facta*»<sup>55</sup>, y relaciona su derrota final con el éxito de la trampa. Nada más dice el anónimo siciliano acerca de las circunstancias y términos en los que se produjo el engaño, pero se trata de una laguna que podemos rellenar fácilmente acudiendo a la versión de la *Historia Sicula* de Speciale, rebosante de datos y detalles. Speciale (quien, por cierto, narra las batallas de Falconara y Gagliano en el orden cronológico correcto) explica que la idea de tender una trampa a la caballería angevina partió precisamente del castellano de Gagliano, en aquel tiempo un tal «Montanerius de Sosa» de quien afirma que era catalán. ¿Quién era este personaje, cuyo nombre inevitablemente resulta tan familiar? En su momento, Michele Amari no pudo evitar reparar en la coincidencia entre el nombre del castellano y el apellido de nuestro cronista, y preguntarse si no podrían tratarse acaso de la misma persona. Sin embargo, acto seguido respondió a esta pregunta con una rotunda negativa, empleando a fin de refutar cualquier posibilidad de que lo fueran tres argumentos que vale la pena reproducir aquí:

Si potrebbe dubitare che il castellan di Gagliano fosse il medesimo istorico Montaner, ma io penso che no: 1° pel nome diverso, appellandosi il castellano Montaner de Sosa, e l'istorico solamente Montaner; 2° pel detto anacronismo rispetto alla battaglia della Falconaria, nel quale il castellano non sarebbe

<sup>55</sup> *Cronica Sicilie* cit., cap. LXVIII, p. 152.

caduto di certo; 3ª infine, per quel nobile e cavalleresco carattere dell'istorico Montaner, incapace di un inganno di guerra, che può ben dirsi tradimento nerissimo<sup>56</sup>.

A las razones esgrimidas por el buen instinto de Amari, todavía cabría añadir otras dos: la primera de ellas, que, como ya hemos visto, Muntaner todavía no había llegado a Sicilia en esta época; la segunda, que Niccolò Speciale sabía muy bien quién era Ramón Muntaner, como prueba el hecho de que el cronista aparezca fugazmente como personaje en la *Historia Sicula*: en efecto, el siciliano da noticia en su libro de cómo «Raymundus Muntanerii» fue hecho prisionero por el rey Roberto de Anjou cuando en 1308 se desplazó hasta Nápoles para visitar en calidad de embajador del rey Federico al infante Fernando de Mallorca, entonces cautivo en manos angevinas<sup>57</sup>. En cualquier caso, hoy no sólo sabemos que «Montanerius de Sosa» no podía ser Ramón Muntaner, sino que conocemos perfectamente su identidad: se llamaba Muntaner Pérez de Sosa, y no era catalán, como asegura Speciale, sino aragonés<sup>58</sup>.

Siguiendo el relato de la *Historia Sicula* vemos que, en efecto, el principal artífice del engaño que al cabo motivó el éxito federiciano en Gagliano fue el tal Muntaner, quien consiguió hacer creer a los caballeros angevinos que estaba dispuesto a unirse a su bando para conseguir el perdón de la Santa Madre Iglesia y escapar así de la cólera divina, dada la sentencia de excomunión que pesaba sobre el rey Federico y todos aquellos que le dieran apoyo en la guerra. En prueba de su sincero arrepentimiento, el taimado castellano prometió

<sup>56</sup> M. Amari, *La guerra* cit., vol. I, p. 568.

<sup>57</sup> Así describe Speciale el episodio en cuestión: «Rebus autem sic se habentibus Ferrandus Regis Maioricarum filius, vir magnanimus, armorum laudis, et gloriae appetitor [...] in bello captus est; quem diu in vinculis maceratum apud Neapolim civitatem Fredericus Rex patruelis eius per nuntium gesturum sibi opportuna subsidia visitare constituit. Vadit itaque Raymundus Montanerii, nuntius Frederici Regis, ad Ferrandum Neapolim, aliqua sibi ad consolationem et lenimenta carceris dona gerens. Hunc autem Montanerium Robertus vocatus hactenus Dux Calabriae, qui iam per obitum Caroli Regis patris sui titulum regiae dignitatis acceperat, unde causam conceperit incertum est, crudelibus tormentis efficit, praetendens nimirum quod Raymundus ille tum eversionem civitatis Neapolis callide attentabat quem diu et usque in adventum Bernardi de Sarriano, quem propter eam causam rex Aragonum ad eundem Robertum regem transmisit, longo squalore carceris maceravit» (N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. VI, cap. XXII, pp. 461-462).

<sup>58</sup> La identidad del personaje y su presencia en el reino de Sicilia a principios del siglo XIV queda confirmada en una carta de Federico de Sicilia a Jaime II publicada en *Acta Siculo-Aragonensia. II. Corrispondenza tra Federico III di Sicilia e Giacomo II d'Aragona*, ed. F. Giunta, R. Giuffrida, Società Siciliana per la Storia Patria, Palermo, 1972, doc. XLV, pp. 90-91. En ella, Federico se refiere a Muntaner y a un hermano suyo llamado Aznar como «familiares et fideles nostri coram maiestate presentes».

entregarles Gagliano sin resistencia si enviaban un contingente hasta el lugar. A pesar del escepticismo inicial con que la oferta fue recibida, a la postre los caballeros franceses terminaron por morder el anzuelo, sobre todo porque a fin de dar más visos de veracidad a su fingido propósito Pérez de Sosa les envió a un sobrino suyo para que les sirviera como guía en la ruta hasta el castillo. Este personaje cumplió perfectamente su papel en el ardid, pues condujo al conde de Brienne y al resto de magnates del Anjou hasta el punto en donde les aguardaban, dispuestos para entrar en combate, los hombres de Guillem Galceran y Blasco de Alagón. Tras descubrir que habían sido víctimas de una trampa y ante la disyuntiva de huir o pelear, los angevinos eligieron lo segundo, y se trabó entonces la batalla, con el desenlace conocido. Speciale concluye su relato con una nota un tanto truculenta sobre la actuación de Pérez de Sosa tras la victoria de los suyos: con un afán lucrativo exento de cualquier escrúpulo, recogió los cadáveres de los nobles franceses caídos en la lucha y los hirvió siguiendo la conocida técnica del *mos teutonicus* – que el papa Bonifacio VIII había condenado como salvaje y pagana justo unos meses antes de la batalla –, con el propósito de pedir rescate a los familiares que quisieran recuperar los huesos de sus difuntos<sup>59</sup>.

Naturalmente, no hallaremos alusión alguna a la estratagema del intrigante Pérez de Sosa en la *Crònica muntaneriana*, en donde el episodio de Gagliano es referido en su dimensión puramente militar. En efecto, el peraladense recrea simple y llanamente el hecho de armas en sí, y lo hace con un tono vivaz y a ratos hiperbólico en el que, como en tantas otras páginas del libro, se advierte sin gran dificultad la influencia del lenguaje formulario propio de los cantares de gesta y los *romans* artúricos en la escritura y los usos narrativos del autor<sup>60</sup>. Así, imagina con mano maestra – y probablemente algo mentirosa – los prolegómenos inmediatos de la batalla, cuando, ya casi dispuestas ambas escuadras sobre el campo, los almogávares de Blasco y Guillem Galceran proceden a su acostumbrado ritual guerrero antes de entrar en combate: al grito de «Desperta, ferro!», hieren con las puntas de sus

<sup>59</sup> «Montanerius voti compos effectus defunctos Gallos industria vendere studuit, quos olim viventes sua calliditate decepit. Coxit etiam gentilium more cadavera, quorum reliquias agnati pro pretio redimebant» (N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. V, cap. XII, p. 427). La práctica aquí descrita, en efecto, había sido condenada por el papa Bonifacio el 27 de septiembre de 1299 en su bula *Detestande feritatis*: sobre este particular, vid. E.A. Brown, *Death and the human body in the later Middle Ages: The legislation of Boniface VIII on the division of the corpse*, en «Viator», 12 (1981), pp. 221-270.

<sup>60</sup> Sobre esta cuestión, además del clásico trabajo de J. M. Sobré, *L'èpica de la realitat: l'escriptura de Ramon Muntaner i Bernat Desclot*, Curial Edicions Catalanes, Barcelona, 1978, puede verse J.A. Aguilar, *L'èpica, el roman i l'estil formulari de Ramon Muntaner*, en R. Muntaner, *La Crònica de Ramon Muntaner* cit., vol. I, pp. 223-261.

lanzas las rocas del terreno, haciendo brotar de ellas chispas. La escena resultante es de una enorme plasticidad y fuerza:

Et con cascuna de les hosts se veeren, los almugàvers del comte Galceran et de don Blascho cridaren: – Desperta, ferres! Desperta! –, et tots a colp van ferir dels ferres de les lançes en les pedres, *si que el foch ne fehia cascun exir; axí que paria que tot lo món fos lumenària, et majorment con era alba*<sup>61</sup>.

El efecto visual de las luminarias entre las nieblas del alba<sup>62</sup> causan una profunda impresión en la caballería francesa. El conde de Brienne, por ejemplo, se muestra convencido de que el ejército que les ha salido al paso no está compuesto por hombres, sino por diablos infernales (he aquí de nuevo una imagen tópica):

Sí que dix lo comte de Brenda, qui era I dels comtes de Ffrança:  
– Ho, Déus! – dix ell –, *què serà açò? Ab diables nos som atrobats*; que aquell qui ferre desperta, par que en cor aja de ferir. Et creu que nós ajam trobat ço que anam sercant<sup>63</sup>.

A pesar de todo, los angevinos no se arredran y cargan contra el enemigo, que a su vez los acomete con gran vigor. El choque entre unos

<sup>61</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191.

<sup>62</sup> La alusión a las chispas producidas por el choque de las armas es un motivo común en las descripciones de combates de los textos románicos medievales: «Et quant les espees resailent, / *estanceles ardanx an saillant* / ausi come de fer qui fume / que li fevres bat sor l'anclume. / qant il le tret de la favarge» (C. de Troyes, *Cligès*, ed. C. Luttrell, S. Gregory, Brewer, Cambridge, 1993, p. 146, vv. 4053-4057); «Des elmes font *le feu voler, / les estinceles alumer*» (R. de Beaujeu, *Le Bel Inconnu*, ed. G. Perrie Williams, Champion, Paris, 1929, p. 15, vv. 461-462); «Et se depiecent les escus et les haubers et font des hialmes *le feu saillir*» (*Lancelot. Roman en prose du XIIIe siècle*, ed. A. Micha, Droz, Genève, vol. II, p. 244). En la versión en prosa del *Érec et Enide* son los cascos de un caballo los que producen el efecto al chocar con fuerza con el terreno rocoso: «Et lors son cheval se prent a hennir et grater et ruer par telle force qu'il fait des bises pierres le feu saillir» (*Érec et Enide*, ed. R. Redolí, M.Á. García, M. Marcos, Á. García, Universidad de Almería, Almería, 2007, p. 158). Sobre este motivo, vid. F. Lyons, *Les éléments descriptifs dans le roman d'aventure au XIII siècle (en particulier Amadas et Ydoine, Gliglois, Galeran, L'Escoufle, Guillaume de Dole, Jehan et Blonde, Le Castelain de Couci)* Droz, Genève, 1965, p. 36; M.A. Aragón, J.M. Fernández Cardo, *El estilo formulario en la épica y en la novela francesas del siglo XIII*, Universidad de Oviedo, Oviedo, pp. 159-160.

<sup>63</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191. Muntaner emplea esta misma imagen en otros lugares de la *Crònica* en circunstancias similares: así, cuando el rey Carlos de Anjou es informado de la derrota de sus naves a manos catalanas en el combate naval de Nicótera (11 de octubre de 1282), exclama: «Ha, Déus! Què és açò? Què gent és aquesta que ns és venguda dessus? Açò no són hòmens, que ans són diables imfernals! Déus, per la sua merçè, nos jaquescha escapar de lurs mans!» (R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 69, II, p. 373). Resulta sencillo encontrar ejemplos del uso de este mismo símil en obras épicas medievales: «Nos fumes asaluz da lion forsenez, / da .v. .c. barons de la crestenitez, / car ie n'estoit doez, creons et avons pensez, / *que li furent diables de la maison infernez*» (N. da Casola, *La Guerra d'Attila* cit., I, vv. 338-341); «Le charbonnier Hellie, entre lui et

y otros es tan virulento «que parech que tot lo món ne vingués»<sup>64</sup>. La refriega se alarga durante horas, hasta cerca del mediodía, y resulta especialmente recia en la *melée* formada por la caballería de ambos bandos. Invitándonos a imaginar la escena por medio de la archiconocida fórmula del «*La veissiez...*», Muntaner pondera el modo en que los caballeros se emplean diciendo que nunca hubo una batalla tan cruel entre ejércitos de dimensiones tan pequeñas (encarecimiento que, de hecho, resulta igualmente formulario):

Et lo comte Galceran et don Blascho van-se faxar ab les senyeres dels ffranceses, en tal manera que a terra les gitaren totes. *Et lavors veérets fets d'armes, et colps pendre et donar, que hanc de tan poch gent no fo tan gran batayla e tan cruell*; sí que açò durà estrò a hora de migdia, que null hom no pogre conèixer quals n'avien lo mellor<sup>65</sup>.

La suerte de la batalla se decide en una nueva carga de catalanes y aragoneses, tan fuerte que obliga a los supervivientes franceses a retirarse una pequeña loma, donde resisten hasta el último hombre. La victoria es completa para los hombres de Blasco y Guillem Galceran, que ahora pueden regocijarse con el inmenso botín arrancado al enemigo: «et podets dir que agren tant guanyat, que per totstemps ne foren ríchs aquells qui en aquella batayla foren»<sup>66</sup>. Sobre el campo

sa gent / y font tel discipline qu'il sambloit proprement / *que ce fussent dyables a leur contement. / "Et Dieu", dit l'empereur, "ce ne sont point la gent. / Ainchois sont vifz deables d'inferral mandement"*» (Ciperis de Vigneaux, ed. W. S. Woods, University of North Carolina Press, Chapel Hill, p. 70, vv. 2446-2449).

<sup>64</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191. Esta hipérbole es una fórmula empleada también por Villehardouin y otros cronistas franceses de principios del siglo XIII: vid. P.M. Schon, *Studium zum Stil der frühen französischen Prosa: Robert de Clari, Geoffroy de Villehardouin, Henri de Valenciennes*, Klostermann, Frankfurt, p. 120; J.M.A. Beer, *Villehardouin: Epic historian*, Droz, Ginebra, 1968, p. 112).

<sup>65</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191. En muchos textos de la tradición épica se destaca la fiera de combates en los que se ven implicadas fuerzas de dimensiones reducidas: «*Anc, pos Dieus pres martiri, no vic nulhs homs vivens / batalha tan ferida de tan petitas gens*» (*Canso de la cruzada*, ed. H. Gougaud, Lettres Gothiques, Paris, 1989, p. 500, vv. 79-80); «*La oit de colp doner merchié e gran bragagne, / de si petite gent n'oit bataille si magne*» (*L'entree d'Espagne*, ed. A. Thomas, Firmin-Didot, Paris, vol. I, p. 180, vv. 4905-4906); «*Onques estor, par le mien esciant, / ne fu si fort de si petite gen*» (Yon, ed. S. R. Mitchneck, Columbia University, Nueva York, 1935, p. 48, vv. 1659-1660).

<sup>66</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191. De nuevo estamos ante una fórmula hiperbólica: «*Li ribaut foron caut, no an paor de morir: / tot can pogron trobar van tuar e ausir, / e la grans manentias e penre e sazir. / Tost temps ne seran ric, s'o podon retenir*» (*Canso de la cruzada* cit., p. 62, vv. 15-18); «*Lo camp tornan raubar a la luna seria / la nostra gens de Fransa, ans que fos desgarnia: / nulhs hom no pot retraire la granda manentia / que gazanhero lai; que tots jorns a lor via / ne seran els manens*» (Ivi, p. 164, vv. 14-18).

yacen muertos todos los Caballeros de la Muerte, circunstancia que suscita por parte de Muntaner un comentario en el que muestra su vena más sarcástica: al fin y al cabo, se trata del final más lógico para unos caballeros que se han autoimpuesto tal nombre:

Què us diré? Que tots se'n portaren lo nom que havien aportat de Ffrança; que ells s'avien mès nom los Cavallers de la Mort, et tots moriren: que de tots CCC, ne encara dels altres qui ab ells eren, no n'escaparen mas solament V hòmens a cavayl alforrats, qui eren de Catània, qui anaven ab ells per pillots, los quals fugiren<sup>67</sup>.

Es decir: según Muntaner, ni siquiera el conde de Brienne pudo escapar con vida del combate, lo cual, como ya hemos visto, no es cierto; Speciale, más afinado, apunta que el conde cayó preso y fue conducido por Blasco hasta Mineo, donde «in vinculis observatur»<sup>68</sup>. Cabe señalar que este error historiográfico revela además un descuido del peraladense que tiene una divertida consecuencia en el plano de la ficción, pues, como sucede con algunos guerreros griegos y troyanos en la *Iliada*, en la *Crònica* el conde de Brienne muere dos veces: la primera, como hemos visto, en Gagliano; la segunda, en Halmiros en 1311, defendiendo el Ducado franco de Atenas contra la Compañía Catalana<sup>69</sup>.

Cabe señalar que, a pesar de las divergencias que se aprecian entre los relatos de Muntaner y Speciale (no sólo en el fondo, sino también en la forma: si la narración muntaneriana se construye, como parece evidente, a base de fórmulas procedentes de la tradición épica, la del cronista siciliano está salpimentada aquí y allá de

<sup>67</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191. Hay otros ejemplos de juegos lingüísticos en la *Crònica* en los que se recurre al humor negro: así, cuando poco antes de la batalla naval de Malta (8 de junio de 1283) Roger de Flor consigue capturar tres galeras angevinas que habían sido fletadas con el propósito de tomar lengua sobre el paradero de la flota aragonesa, Muntaner observa: «E axí agren aquella lenga que sercaven, que ben pogren dir que agueren lenga çerta d'En Roger» (Ivi, cap. 82, II, p. 454); y cuando narra la retirada a través de los Pirineos de los cruzados franceses de 1285, a los que el cardenal legado Jean Cholet había prometido la gloria celestial si caían en batalla («aquells qui assí morran, ab los altres n'iran en paradís», Ivi, cap. 138, II, p. 756), apunta socarrón que, en efecto, «que en paradís los agueren tots trameses les gents del senyor rey d'Aragon» (Ivi, cap. 139, II, p. 762). Vid. C. Imbert, *Le défi du réel. Dynamique de l'écriture dans la chronique de Ramon Muntaner*, en A. Arizleta (ed.), *Poétique de la chronique: l'écriture des textes historiographiques au Moyen âge (péninsule Ibérique et France)*, Framespa-CNRS France méridionale et Espagne, Toulouse, 2008, p. 285, n. 56, donde se llama la atención sobre el carácter de estos pasajes.

<sup>68</sup> N. Speciale, *Historia Sicula* cit., I, V, cap. XII, p. 427.

<sup>69</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 240.



préstamos tomados de la *Eneida* de Virgilio o la *Farsalia* de Lucano), la lectura comparada de ambos textos revela al propio tiempo algunas coincidencias bastante interesantes al referirse a aspectos muy concretos del desarrollo de la batalla. Por ejemplo, en uno y otro caso se concede especial relevancia al hostigamiento al que los almogávares someten a la caballería angevina antes de que ésta pueda llegar siquiera a cargar contra el enemigo: en efecto, si Muntaner apunta que «los almugàvers van trametre los darts, que endiabilia fo ço que ells ne faheren; que a l'entrar que ells faheren en ells, més de C hòmens a cavayl, qui mort lo cavaller, o'l cavall, n'anaren en terra, dels ffranceses»<sup>70</sup>, Speciale señala que «priusquam vero ad cuneos militum et vexilla hostium pervenissent, hinc magnam partem equorum intenti pedites missilibus transegerunt, qui acceptis vulneribus in cervicibus dominorum erectis calcibus corruebant»<sup>71</sup>. En segundo lugar, ambos cronistas recogen un lance muy concreto del combate, como es la muerte del portaestandarte de Gautier V de Brienne en el fragor de la lucha: Muntaner dice simplemente que «lo seu senyaller fo mort»<sup>72</sup> y que el estandarte fue recogido por el propio conde y confiado entonces a otro caballero, mientras que Speciale cuenta que cuando la derrota angevina se antojaba inevitable, el portaestandarte, ya muy malherido, se abrió paso como pudo entre la masa de guerreros para entregar la enseña a su señor, y que hecho esto cargó espada en mano contra el enemigo:

vexillarius autem comitis, quamvis mille sauciatu vulneribus, dominum suum, cui ante sui obitum vexillum reddere per inimicas acies queritabat, cumque vidisset illum ab hostibus circumseptum, vexillum super caput eius abiecit, atque deducto ense, in hostes irruens, ab eis mortem sibi placidam impetravit<sup>73</sup>.

La existencia de estas concomitancias en lo que se refiere a detalles tan precisos sugiere que ambas versiones bebieron de fuentes testimoniales – probablemente orales – que si no podemos considerar comunes, sí que responden al menos a un mismo perfil: veteranos combatientes que tomaron parte en Gagliano y otras batallas de las guerras sicilianas. Ello se hace especialmente patente en el caso de

<sup>70</sup> Ivi, cap. 191.

<sup>71</sup> N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. V, cap. XII, p. 426.

<sup>72</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 191.

<sup>73</sup> N. Speciale, *Historia Sicula* cit., l. V, cap. XII, p. 427. De todos modos, este autor parece relatar el episodio inspirándose en la muerte del *aquillifer* Lucio Petrosidio en *De Bello Gallico*, V, 37.

Muntaner, que, al narrar en el cap. 197 la batalla de Falconara entre las fuerzas de Federico de Sicilia y Felipe de Anjou, se refiere a un lance concreto de la pugna que tuvo por protagonista a un almogàver llamado Porcell, a quien el cronista declara haber conocido personalmente, pues estuvo bajo su mando durante la expedición de la Compañía Catalana a Bizancio:

Et dels almugàvers vos sé dir que colp s'i féu per l'almugàver *qui havia nom Porcell, qui fo puys de ma companya en Romania*, que ab coutell de tayl donà tal a l'cavaller ffrancès, que la gambera et la cama n'anà en l'pich, e encara ne mès ben mig palm per la hillada del cavall<sup>74</sup>.

Teniendo en cuenta el corto espacio temporal en que fueron librados los combates de Falconara y Gagliano, y que en ambos participaron de forma muy destacada los almogávares de Blasco de Alagón y Guillem Galceran de Cartellà, cabe suponer que la misma fuente que informó a Muntaner de la hazaña que acabamos de leer, lo hizo también acerca de los pormenores de la batalla con los Caballeros de la Muerte: el cronista pudo trabajar a partir del testimonio recogido del propio Porcell o, si no queremos aventurar tanto, de otros guerreros con los que fue confraternizando durante las campañas en Sicilia y tierras bizantinas, reelaborándolo, claro está, gracias a su desbordante imaginación literaria. Ahora bien, llegados a este punto, surge inevitablemente una pregunta: ¿si Muntaner conocía estos detalles tan específicos, estaba también al corriente de otros hechos relacionados con lo ocurrido en Gagliano, y, en concreto, del engaño del que los angevinos fueron víctimas? Tras del cuadro virulento pero colorido que el de Peralada nos presenta al relatar la batalla, ¿cabe adivinar la voluntad de silenciar algunos aspectos poco honorables de la actuación de los suyos? Evidentemente, responder a ambas cuestiones sin contar con ninguna evidencia directa sería hartamente imprudente, pero, dado el significativo número de ocasiones en las que la *Crònica* incurre deliberadamente en la ocultación y/o la disimulación de hechos, el planteamiento de estas dudas resulta del todo pertinente.

<sup>74</sup> R. Muntaner, *Crònica* cit., cap. 197.

## Conclusiones

Llegados a este punto, me parece oportuno subrayar a manera de recapitulación general las ideas siguientes:

1. El análisis llevado a cabo permite constatar que en las páginas de la *Crònica* dedicadas a la batalla de Gagliano Muntaner ha sometido la realidad histórica a una notable reelaboración literaria. Ello se advierte, por una parte, en el modo en que el cronista retrata a los antagonistas del relato, esto es, los Caballeros de la Muerte, figura colectiva de naturaleza claramente estereotipada, dado que es posible encontrar personajes del mismo nombre y perfil muy semejante en otras obras narrativas del siglo XIV tales como el *Chronicon Maius* de Galvano Fiamma, *La guerra d'Attila* de Nicolò da Casola o *Il Pecorone* de Ser Giovanni Fiorentino. Pero además, la visión que Muntaner ofrece de los hechos está igualmente condicionada por el estilo formulario empleado para referirlos, que da a la narración un aire de *roman* de caballerías.

2. Sin embargo, conviene no apresurarse a tachar de mera fabulación la versión muntaneriana de los hechos. No es prudente resolver la cuestión de la mayor o menor veracidad histórica de la *Crònica* con juicios *in toto*; por el contrario, resulta mucho más pertinente y fructífera, a mi juicio, una lectura detenida y con lupa de aumento del texto del peraladense si se quiere obtener una visión más precisa de en qué proporción ficción y realidad se entremezclan en él, un tipo de aproximación que – dicho sea de paso – no sirve solamente para «compilar grans aparats» de erudición, como se ha sugerido últimamente<sup>75</sup>, sino que permite entender mucho mejor lo que Muntaner cuenta, cómo lo cuenta y por qué lo cuenta como lo cuenta, lo cual redundará necesariamente en una mejor intelección de su libro. En particular, vemos que para referir los hechos de Gagliano el cronista no sólo contó con su imaginación, sino también con noticias de primera mano muy probablemente suministradas por guerreros que habían participado en la batalla, como lo prueba la inclusión en el texto de informaciones bastante detalladas sobre el desarrollo de la misma que, por cierto, comparecen también en otras fuentes, como la *Historia Sicula* de Speciale. Por otra parte, es preciso señalar que, a pesar del modo en que Muntaner presenta a los caballeros angevinos, acierta plenamente al señalar que lo que les unía era el deseo de vengar las

<sup>75</sup> S.M. Cingolani, *Vida, viatges* cit., p. 104.

derrotas que ellos mismos y sus familiares habían sufrido en el pasado a manos de los ejércitos catalano-aragoneses.

3. Leer el cap. 191 de la *Crònica* a la luz de la *Historia Sicula* es un ejercicio altamente provechoso, pues la versión del cronista de Noto enriquece el relato muntaneriano con pormenores francamente interesantes, como aquellos relativos a las intrigas supuestamente maquinadas desde el bando de Federico de Sicilia contra sus enemigos angevinos. Teniendo en cuenta la ausencia de estos detalles en la *Crònica*, y dada la muy conocida tendencia de Muntaner a ocultar aquellos aspectos más controvertidos de la actuación de los suyos, cabe plantearse la duda de si el peraladense simplemente ignoraba las circunstancias aludidas por Speciale o si, por el contrario, estaba al corriente de ellas y las silenció deliberadamente.